

COHABITAR EL MUNDO

LA GOBERNANZA  
COMUNITARIA  
Y SUS RETOS

POLÍTICAS EUROPEAS  
COLONIALISTAS

revista  
**SOBERANÍA  
ALIMENTARIA**  
BIODIVERSIDAD  
y culturas

NÚM. 49  
PRIMAVERA 2024



# LA REVISTA ES UN ESPACIO COLECTIVO INTEGRADO POR:

- ▶Amigos de la Tierra
- ▶Antropologies de les Crisis i les Transformacions Contemporànies-CRITS-UB
- ▶Arran de Terra SCCL
- ▶Asociación Ábrego
- ▶Asociación El Colletero
- ▶Biela y Tierra
- ▶Campo Adentro
- ▶Cátedra de Agroecología Universidad de Vic
- ▶CERAI
- ▶Colectivo Lantxurda Taldea
- ▶Colectivo Memoria Viva de los Pueblos
- ▶Colla Ecologista La Carrasca-Ecologistes en Acció
- ▶Confederación de Centros de Desarrollo Rural -COCEDER
- ▶Cooperativa Germinando
- ▶Coordinación Baladre
- ▶Ecocentral
- ▶Ecologistas en Acción
- ▶Economat Social SCCL
- ▶El enjambre sin reina
- ▶Entrepueblos
- ▶Extiercol
- ▶Fundación Betiko
- ▶Fundación Entretantos
- ▶Garúa
- ▶GRAIN
- ▶Grupo de Investigación en Agricultura, Ganadería y Alimentación en la Globalización (ARAG-UAB)
- ▶Grupo de Investigación en Economía Ecológica, Agroecología e Historia. UVigo
- ▶Grupo de Estudios Juan Díaz del Moral
- ▶Iniciativa Comunales
- ▶Justicia Alimentaria Global
- ▶La Fàbrica, SCCL
- ▶La Fertilidad de la Tierra
- ▶La Magrana Vallesana
- ▶Landare
- ▶Les Refardes SCCL
- ▶Lonxanet
- ▶Menjadors ecològics
- ▶Mensa Cívica
- ▶Mugarik Gabe Nafarroa
- ▶Mundubat
- ▶Observatorio para una Cultura del Territorio
- ▶Olistis, SCCL
- ▶OSALA
- ▶Postgrau de Dinamització Local Agroecològica
- ▶Raiels SCCL
- ▶Red Agroecológica de Lavapiés
- ▶ReHd Mad! Red de huertos urbanos comunitarios de Madrid
- ▶Red de Semillas
- ▶Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras
- ▶Sindicato Labrego Galego
- ▶Sociedad Española de Agricultura Ecológica (SEAE)
- ▶Universidad Rural Paulo Freire del Cerrato
- ▶Xarxa Agroecològica d'Alcoi
- ▶Varagaña

## PORTADA

**Ivonne Navarro** es una ilustradora de 34 años nacida en las cercanías de Barcelona. Estudió Bellas Artes en la Universitat de Barcelona (itinerario de Pintura) y, tras cursar Ilustración y Grabado en la Universidade de Belas Artes de Lisboa como erasmus, se enamoró del mundo de la ilustración y fue experimentando y aprendiendo de manera autodidacta. Desde un pueblecito de cuarenta habitantes en el Pirineo catalán trabaja como ilustradora, intenta ser hortelana y materna. Es colaboradora de *La Directa*, trabaja en encargos diversos de ilustración y participa de exposiciones colectivas e individuales. Ha publicado su primer álbum ilustrado *Y se hizo la luz: una historia sobre pobreza energética en la infancia* (Pol-len Edicions, 2022). Representar la diversidad, el arte como medio de transformación social, la combinación de técnicas ilustrativas, la expresividad y el color son marca de la casa.

www.ivonne-navarro.com  
@ivonnenavarroillustration

## MATERIAL GRÁFICO

**Eliezer Godoy:** Fotógrafa, agricultora, cuidadora... Su trabajo incluye reportajes de índole industrial y social, ilustración publicitaria, retrato y colaboraciones con el mundo editorial. También investiga en el ámbito educativo y de la animación sociocultural organizando talleres infantiles. Además, desarrolla proyectos más personales donde combina textos, dibujos y fotografías. El retrato, el reverso pictórico y abstracto que reina en la naturaleza o los símbolos y el mundo onírico son la materia habitual de sus trabajos creativos. Ha colaborado en varias exposiciones en Málaga, Madrid y Helsinki.

## AGRADECIMIENTOS

Además de a las personas que han contribuido con contenidos específicos ya mencionadas en las autorías, en los testimonios y en las fuentes, queremos agradecer a quienes nos han ayudado a hacer posible este número sugiriendo contenidos, contrastando información, facilitándonos contactos o simplemente ayudándonos a aterrizarlo tal y como ha quedado: David Algarra, Mónica Herrera, Concomitentes y Pepitas de Calabaza.

Escucha el podcast del programa de radio *Toma la tierra* sobre este número de la revista:



## ESTA PUBLICACIÓN HA CONTADO CON EL APOYO DE:



Os invitamos a que os comuniquéis con el equipo redactor (info@soberaniaalimentaria.info) y nos enviéis vuestras experiencias, sugerencias y comentarios así como aportaciones gráficas para próximos números. Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. El material aquí recogido puede ser divulgado libremente, aunque agradeceríamos que citarais la fuente.



## NÚM.49 # PRIMAVERA 2024

### COMITÉ EDITORIAL

Jeromo Aguado  
Marta Rivera  
Aitor Urkiola  
Paul Nicholson  
Isabel Vara Sánchez  
Uxi D. Ibarlucea  
Enrique González  
Laia Batalla-Carrera  
Héctor Castrillejo  
Sergio S. Taboada  
Marta Soler  
Violeta Aguado  
Irene García Rocas  
Leticia Toledo  
Agustí Corominas  
Henk Hobbelink  
Cristóbal González  
Pau Agost Andreu  
Amal El Mohammadiane Tarbift  
Paula Durán

### EDITA



### El Pa Sencer SCCL:

Patricia Dopazo  
Gustavo Duch  
Carles Soler  
Tomàs de los Santos

### CORRECCIÓN Y WEB

Eva CM

### ARTE Y MAQUETACIÓN

www.mareavacia.com

### DIRECCIÓN POSTAL

Carrer Casanova, 118-120, 1er B, escala dreta  
08036 Barcelona

www.SOBERANIAALIMENTARIA.INFO  
INFO@SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

Depósito Legal B-13957-2010  
ISSN 2013-7567

revistasoberaniaalimentaria

@revistaSABC

RevistaSoberaniaAlimentaria

revistasoberaniaalimentaria

Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas es una publicación para el Estado español de información, debate y reflexión sobre temáticas rurales bajo una óptica política de **soberanía alimentaria**. Un instrumento de pensamiento crítico hecho por las manos y para las manos de las gentes que integran los movimientos que defienden un **mundo rural vivo**.

### EDITORIAL

Cohabitar el mundo ..... 4

### AMASANDO LA REALIDAD

Recrear la comun-idad del pan  
Horacio Machado Aráoz ..... 6

Rehabitar lo rural. De la teoría a la práctica  
Amalia Bueno ..... 11

La gobernanza comunitaria ante los nuevos desafíos  
Joám Evans Pim ..... 14

La importancia de ser y sentirse pueblos  
Begoña Ribera ..... 19

«Debemos volver a mirar hacia las soberanías»  
Entrevista a Vanesa Freixa  
Revista SABC ..... 23

Aterrizar en la Tierra y los cuerpos  
Claves ecofeministas para rehabetar la Tierra  
Yayo Herrero ..... 27

### DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS

Conversatorio. Volver a habitar los cuerpos  
Revista SABC ..... 29

### EN PIE DE ESPIGA

Las universidades y su papel en la difusión de falsas soluciones  
Isabel Vara Sánchez ..... 35

Industria, políticas europeas y colonialismo extractivista  
Adriana Espinosa González ..... 38

### VISITAS DE CAMPO

«Lo que el monte necesita es gente»  
Memorias y retos en torno a los comunes  
Aurora Santos ..... 41

Verdcamp Fruits, agricultura ecológica a gran escala  
Gustavo Duch ..... 45

### PALABRA DE CAMPO

Voces como las nuestras  
Adrián O. Lozano ..... 48

De manzanas abandonadas y matriarcados  
Tereseta ..... 52

Reseña del libro *Geografías de la ingravidez* de Marc Badal Pijoan  
Laia Batalla-Carrera ..... 55

La fuente. Un lugar de encuentro para pobladoras  
Se nos va a echar el día a perder  
Joan Verdugo Jiménez ..... 58

# Cohabitar el mundo

Cohabitar significa que no habitamos solas, que lo hacemos *junto a* o *en conjunto* con muchos otros seres, elementos, procesos... Lo que parece una obviedad se hace necesario pensarlo despacio porque en realidad vivimos como si no fuera así. Podríamos afirmar que habitamos el mundo como si nuestra especie o —más limitado todavía— nuestra sociedad fuera un centro alrededor del cual gira todo lo demás, que está en un plano inferior. Y el individualismo puede seguir reduciendo esta mirada hasta llegar simplemente a un «yo» al que le cuesta ver más allá. La crisis climática y ecológica que atravesamos es un buen motivo para sacarnos de esta ensoñación y acabar con una etapa y una forma de vida, la extractivista y consumista, que es una excepción en la historia.

Como se ha explicado repetidas veces en estas páginas, no hay que irse tan lejos en la distancia ni en el tiempo para observar formas de vida

que mantenían otra relación con la tierra y con el resto de seres vivos. Instituciones comunitarias, economía campesina no monetizada, bienes comunales, rituales a dioses (y diosas) paganos vinculados a la naturaleza, etc. Con todo lo que estas décadas de capitalismo nos han enseñado, no debería ser tan complicado entender el valor y el sentido que tenían tantas prácticas y saberes perfeccionados durante generaciones y, a partir de ahí, adaptarlos y rediseñarlos. Es el ruralismo del que habla Vanesa. Es lo que hace el Colectivo Memoria Viva de los Pueblos, del valle de Valdivielso, redescubrir y reapropiarse de esas formas de cohabitar. Es lo que también hacéis tantas de vosotras y lo que en muchos pueblos nunca ha dejado de hacerse.

«Lo comunitario no es una entidad romántica; implica una energía social regulada por y para la vida. Implica una matriz de relacionalidad circular, de flujos energéticos ordenados en función



Foto: Eliezer Godoy

de criterios de reciprocidad, interdependencia, mutualidad, compromiso colectivo; en fin, una matriz de esfuerzos y disfrutes equitativamente compartidos». Son palabras de Horacio Machado Araújo en el número de octubre de la revista latinoamericana *Biodiversidad, Sustento y Culturas*. «Esfuerzos y disfrutes equitativamente compartidos», esto es lo que también destila el conversatorio de este número, donde cuatro habitantes de comunidades rurales diversas comparten lo que les mueve a diario en esa convivencia particular, que mantiene un hilo de conexión con el pasado y a la vez abre caminos inspiradores y de referencia.

A partir de este número le vamos a dar más espacio a Palabra de campo, una sección más próxima, de testimonios directos, afectaciones y creatividad. Adrián y Tereseta han elaborado textos de carácter personal, ensayos poetizados, diarios íntimos, porque aquí también encontramos transformación y contenido político.

Queremos poder transmitir desde la revista un elemento fundamental para cohabitar el mundo y que Mauge resalta en el conversatorio: aprender a rehabilitar los cuerpos que el mundo urbano ha deshabitado y recuperar la capacidad de hacer y sentir a través de ellos. ●

Horacio Machado Aráoz

# Recrear la comunidad del pan

## EL DESAFÍO GEOLÓGICO-POLÍTICO PARA UNA NUEVA ERA

Al evaluar nuestra situación actual, sostengo que ya hemos dado por terminada la Era Cenozoica de los sistemas geobiológicos del planeta. Sesenta y cinco millones de años de desarrollo de la vida han terminado. La extinción está teniendo lugar en todos los sistemas de vida a una escala sin precedentes desde la fase terminal de la Era Mesozoica. La renovación de la vida en un contexto creativo requiere que se produzca un nuevo período biológico, un período en el que los seres humanos habiten la Tierra de forma mutuamente enriquecedora. Este nuevo modo de ser del planeta lo describo como la Era Ecozoica... Para que esto surja hay condiciones especiales requeridas por parte del humano, ya que, aunque esta Era no puede ser un período de vida antropocéntrico, puede nacer solo bajo ciertas condiciones que conciernen predominantemente a la comprensión, elección y acción humanas. (...) La primera condición es comprender que el universo es una comunión de sujetos, no una colección de objetos.

Thomas Berry, *La era ecozoica* (1991)

El maravilloso misterio de la vida se nos presenta a diario, en los actos aparentemente más simples y casi que rutinarios. Su complejidad incomprendible, inabarcable y su deslumbrante potencial de goce, de disfrute de sus exquisitos sabores, se nos brinda a cada rato, varias veces al día, cotidianamente, desde que nacemos hasta que morimos, en el mero acto de preparar la comida y de comer.<sup>1</sup> Acto que condensa la

1. Un síntoma trágico del estado contemporáneo de alienación y sobre-explotación generalizada sobre el que se asienta el modo de vida industrial-mercantil urbanocéntrico hegemónico, resulta del hecho de los millones de personas que diariamente comen, habiéndose 'salteado' el momento crucial de preparar su propia comida; los millones que viven en este mundo sin siquiera haber aprendido a cocinar. Tanto más trágico es, por cierto, el estado contemporáneo de sobre-explotación generalizada que tenemos de trasfondo, cuando observamos los millones de personas que sobreviven con hambre diariamente; con hambre crónico y con miedo, ya a no tener qué comer; ya a lo que tienen para comer.

profunda hendidura geológica y la avezada aventura política que nos hizo como especie.

Alimentarnos es conectarnos al mundo; integrarnos a la comunidad de vida. La vida como unidad-en-común se nos revela, se nos manifiesta y se nos materializa en el cotidiano acto de comer. Como acto vital, comer es (aprender a) hacernos parte y partícipes de la compleja trama universal de elementos, seres y procesos a través de los cuales se nos con-vida la energía cósmica que nos constituye, nos anima y nos sostiene en cuanto organismos específicos; en cuanto especie material y espiritualmente ligada a la totalidad espacio-temporal que conforma la biodiversidad terráquea.

Comer es *comulgar*: un acto eminentemente político y religioso, sacramental, por el cual nos unimos a la existencia como la totalidad compartida que nos contiene; es abrirnos y hacemos

Comer es abrirnos y hacemos parte de la milmillenaria danza de elementos fundamentales que conforman la partitura histórica de la vida terráquea.

parte de la milmillenaria danza de elementos fundamentales que conforman la partitura histórica de la vida terráquea. Integrarnos como un miembro más, misteriosa y gratuitamente convidados a la comunidad biótica-geológica de seres que

participan del fluir hidro-mineralógico de la vida. En cada comida, la vida se nos brinda como *don comunal*. En cada bocado, la energía cósmica nos atraviesa, nos enhebra y nos (re)liga al tejido orgánico—inseparablemente material y espiritual—vibrante y sintiente de *Gea*, esta, nuestra Tierra; nuestra Casa-Común; nuestro planeta-útero y cobijo, el único cuerpo celeste con semejante atributo: el de ser un planeta vivo, capaz de gestar y contener una Gran Comunidad de comunidades con-vivientes.

Nos empezamos a hacer humanos en tanto y en cuanto empezamos a aprender a procurar y preparar nuestra propia comida. Al cocinar, se fue «cocinando» también la especie *Homo*. Las condiciones biológicas y los requerimientos somáticos se fueron entrelazando con colaboraciones de otras especies vecinas y compañeras.<sup>2</sup> Junto a ellas, también fueron co-emergiendo aprendizajes específicos; en el arte de co-habitar, fuimos desarrollando nuestras propias habilidades socioculturales: nuestras formas específicas de percibir, sentir, comunicarnos, co-laborar/con-vivir...

2. Haraway, Donna (2019). *Seguir con el problema*. Bilbao: Consonni.



Amasando la masa buena.  
Foto: Eliezer Godoy

## El salto alimentario

En principio, nuestras 'dis'-capacidades homínidas fueron un factor decisivo, determinante para el desarrollo de nuestras facultades ya humanas. Para poder comer (y, por tanto, subsistir) debimos, antes, aprender a cooperar: a trabajar en conjunto, coordinada y colectivamente. Debimos aprender a sumar y a integrar fuerzas y habilidades en común, para poder cazar; para poder protegerlos y también alimentarnos. En función de esa necesidad de coordinar esfuerzos, se fue desplegando nuestro lenguaje específico; y el desarrollo de las facultades lingüísticas y de nuestras operaciones neurológicas demandó dietas más exigentes y complejas.

Decisivamente, ese «salto alimentario» solo pudo lograrse mediante el desarrollo de una cualidad sociocultural: el aprendizaje de la reciprocidad y la comensalidad, el grado más profundo e intenso, más distintivo e intrínseco a nuestra condición. Hay que llamar la atención sobre este acontecimiento decisivo para nuestra evolución, pues, «compartir alimentos implicaba un grado de cooperación que no existe en primates no humanos contemporáneos y que seguramente no existía entre sus ancestros, excepto en casos aislados. Se trata de un atributo que implica cooperación entre individuos y también nuevos niveles de comprensión y confianza en las motivaciones de los otros». <sup>3</sup> En efecto, empezamos a nacer como especies al aprender a compartir el pan; a hacernos propiamente *com-pañeros* de especie, a reconocernos como iguales y a tratarnos con reciprocidad, en torno al *cum panis*: a «comer del mismo pan», «quienes comparten su pan con-».

Desde nuestra más temprana edad como especie hasta nuestros días, compartir la comida es la expresión más sublime de confianza y la forma más plena de la celebración y la fiesta que nos caracteriza como *humanus* (el sufijo *-anus* indica la procedencia, la tierra de origen; y *humus*, es la tierra en sí). El fuego que sirvió para la cocción de comidas más complejas, sabrosas y nutritivas, cocinó también un tipo de relaciones, de confianza y mutualidad que sería decisivo para la mera subsistencia y más allá, para una idea de «calidad de vida», centrada en el *disfrute compartido*.

El proceso de hominización no fue sino el resultado emergente de la interacción metabólica,

políticamente producida, entre *Tierra* y *Trabajo* (Naturaleza genérica y Naturaleza específicamente humana) principalmente orientado a la procuración del propio sustento. En la procuración de la propia comida, los seres humanos han debido, primero, crear una forma de producción-en-común: la vida como producción social —en su nivel específicamente humano— se nos manifiesta como *producción de comunalidad*; *producir una comunidad de productora/es*; *producir la tierra como fuente común de fertilidad* y *producir el pan como bien común por excelencia*.

La comunidad política se construye eminentemente en torno a la producción del pan. Se define fundamentalmente por los límites (*Polis*) que integra a aquellos con quienes se comparte el pan. El límite es una necesidad ecológica y política, pero no separa, sino que es un requisito para sostener la común-unidad arraigada, es decir, la integración entre un pueblo y su territorio. Pues la *polis* no divide a priori, ni crea fronteras de guerra; solo delimita un *territorio apropiado*.

## Agriculturas para producir en común

La irrupción de la agricultura desde entre 15.000 y 10.000 años atrás, no hizo sino diversificar, enriquecer, ampliar, profundizar y complejizar esos circuitos y esas dinámicas tróficas-hidro-energéticas. Al aprender cada vez más el maravilloso lenguaje de la fotosíntesis y poder direccionarla en el sentido de la producción de nuevos saberes y sabores, la especie humana, esparcida en la vasta geodiversidad terráquea fue re-escribiendo la corteza y la faz entera del

La diversidad de las dietas, de los sabores y de los saberes fueron una forma específicamente humana de socializar la Tierra.

planeta, creando una *gea-grafía* ya propiamente agro-cultural. Al reconducir la energía química creada gratuitamente por nuestras hermanas plantas hacia nuevos seres y destinos, la aventura de la vida se fue haciendo más sabrosa; la humedad de la Tierra fue cobrando formas cada vez más precisas y asombrosas. La(s) agricultura(s) no es —me parece— un hito que marca los orígenes del «Antropoceno» como algunos erróneamente han planteado, sino, diría, todo lo contrario: fue otro umbral decisivo en ese proceso cosmogénico de hominización-humanización de *Gea*, o —si se prefiere— de socialización de la Naturaleza.

Las agriculturas (porque nunca hubo hasta el peligroso intento moderno, prácticas agrícolas que pudieran simplificarse y uniformizarse) fueron las formas específicamente humanas de poblar la tierra. La diversidad de las dietas, de los sabores y de los saberes fueron una forma específicamente humana de socializar la Tierra; la humanidad de lo humano se fue correlativa y simultáneamente, dialécticamente, desarrollando (diría mejor, brotando y floreciendo) con, por y a través del cultivo de la tierra.

La cuidadosa reconstrucción y reconsideración crítica, meticulosa y agudamente perceptiva del papel de las agriculturas y de emergencia originaria de los sistemas agroalimentarios en la historia de la humanidad es un campo de interés epistemológico y político clave para nuestro tiempo.

Antropológica y geológicamente, en este tiempo de *colapso civilizatorio* (la crisis definitiva y terminal del mundo colonial del capital) que estamos transitando, queda a la vista la centralidad ontológico-política que tiene el modo cómo las sociedades humanas resuelven el desafío de producir y cubrir sus requerimientos energéticos.

Revisar nuestros orígenes nos permite tomar conciencia y dimensión de los trastornos del presente. Y no nos referimos solo a la gran crisis alimentaria que se esparce sobre las poblaciones humanas, afectadas por una letal combinación de hambre, desnutrición, malnutrición, obesidad y etiologías mórbidas directamente vinculadas a la (mala) alimentación; a las pandemias desatadas y al estado estructural de *sindemia* mundializada por y a causa del modelo agroalimentario global. Ni aludimos solo a la crisis climática y de la biodiversidad, uno de cuyos principales vectores hunden sus raíces en aquel dicho modelo. Sino que aludimos a la dimensión política de toda esta sintomatología de la crisis civilizatoria en la

Revisar nuestros orígenes nos permite tomar conciencia y dimensión de los trastornos del presente.

que nos hallamos inmersos: la crisis aguda de la convivencialidad en la que se hallan inmersas las sociedades contemporáneas.

Si aprender a compartir el pan fue clave para construirnos biológica y políticamente como especie, desaprender por completo esa práctica fundacional sería, con toda certeza, una vía ruin hacia nuestra propia extinción. La degradación de las prácticas de comensalidad, de nuestros modos contemporáneos —hegemónicos— de producir y consumir los alimentos, es la degradación misma de nuestros cuerpos, de nuestros suelos y nuestros cielos; de la materialidad de la vida y su salubridad, y de la espiritualidad y politicidad de las religaciones que hacen a nuestra convivencia cotidiana, tanto al interior de las propias sociedades humanas, como entre estas y el resto de nuestras especies compañeras (porque dentro de la Tierra, todas las especies comemos de la misma mesa).

Asimismo, es una refutación contundente a quienes equivocadamente han pretendido señalar a «la agricultura» como la responsable originaria del «Antropoceno», hipótesis refleja de la misma arrogancia colonial pseudo-universalista que impregna a la propia noción de «Antropoceno». <sup>4</sup> En todo caso, por el contrario, los orígenes del actual estado catastrófico del mundo, no cabría buscarlos en el inicio de la agricultura, sino en el proyecto eco-genocida que pretendiera acabar y poner fin a las prácticas agroalimentarias alrededor del mundo, y aplastarlas bajo el monolítico peso imperial de la explotación industrial de la tierra.

4. McClure, Sarah (2013). Domesticated Animals and Biodiversity: Early Agriculture at the Gates of Europe and Long-term Ecological Consequences. *Anthropocene* 4(2).

3. Patterson, Thomas (2014). *Karl Marx, antropólogo*. Barcelona: Bellaterra.

# REHABITAR LO RURAL

## DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA



El lar. Calentando el horno con bolina para hacer pan.  
Foto: Eliezer Godoy

### El régimen de plantación

La mercantilización del alimento es un acontecimiento geológico-político de naturaleza sacrílega: la mercantilización del pan, es su profanación. El factor detonante de los profundos trastornos geosociometabólicos que hoy embargan y asfixian la vida en la Tierra y de la Tierra. La mercantilización del pan, es la mercantilización de la Tierra y del Trabajo. Es la raíz de la imposición de la barbarie como «Civilización» que hoy subyuga a las sociedades humanas.<sup>5</sup> La mercantilización del pan es la disolución de la comunidad política; la insoslayable degradación de la Tierra como gran comunidad de seres con-vivientes.

Desde nuestra perspectiva, el «molino satánico» de la mercantilización, la gran fractura geometabólica de objetualización y privatización de la tierra, empieza a operar triturando primero a los pueblos del Maíz en el largo siglo XVI. El resto es una historia conocida: el derrotero apocalíptico de la expansión del régimen de Plantación a costa de los pluriversos agro-culturales.

Con aguda lucidez Anna Tsing y Donna Haraway hablan de Plantacionoceno para designar esta, nuestra era. Como tecnología de poder pensada y diseñada para esquilmar la tierra y el trabajo, la Plantation esparce su cono de muerte sobre el mundo de la vida, envenenando el pan y disolviendo comunales ancestrales.

El régimen de plantación es malversación de las energías vitales. No es agricultura, sino su antítesis: es un modo de destrucción del mundo agro-cultoral. No refiere al arte humano de cultivar

la tierra, cultivándose a sí mismo; ni al manejo sabio de la fotosíntesis como nutriente de sim-póiesis, sino a la explotación descomunal de las reservas carboníferas como medios de acumulación de valor abstracto que todo lo envenena: los cielos, los suelos, las aguas y los cuerpos. La plantación no tiene nada que ver con cuidado y cultivo, con crianza y nutrición, sino con explotación como medio de acumulación. Mercantilización del pan: destrucción de la comunidad política de la Tierra; degradación de la humusidad.

Al descubrir este trágico derrotero, el desafío, la invitación es no a mirar pasivamente el espectáculo necroeconómico del Plantacionoceno, sino a contemplar comprometidamente el mundo; a saber mirar/sentir y aprender a cuidar las prácticas agro-culturales que subsisten en los márgenes y los suelos contrahegemónicos que todavía cultivan la comunalidad y, producen el alimento que nutre los horizontes de otros futuros posibles. De nosotras depende que podamos gestar una nueva Era; una era en la que vivamos como una gran comunión de sujetos. ●

Horacio Machado Aráoz

Equipo de Ecología Política del Sur  
(IRES, CONICET-UNCA)

Este texto es una versión adaptada del prólogo al libro Teoría política de la comida, de Leonardo Rossi (2023), que puede descargarse en la web de Muchos Mundos Ediciones.

En el valle de Valdivielso, Burgos, se ha establecido el colectivo Memoria Viva de los Pueblos. Conscientes de los retos del entorno y del momento que habitan, nos cuentan en primera persona cómo está siendo su experiencia de recampesinización.

Mis abuelos eran alcarreños, de un pueblo llamado Cifuentes, en la provincia castellana de Guadalajara; mi padre, también alcarreño, se fue con 10 años, junto a mis abuelos a Cataluña en ese gran éxodo forzado que vivieron nuestras zonas rurales en las décadas de los 60 y 70. Mientras nuestros territorios se desangraban lentamente para cubrir las necesidades de mano de obra barata en la naciente industria española (Catalunya, Euskadi y Madrid) la revolución verde llegaba a nuestros campos para cambiarlo todo.

Soy de la generación que nació con todo pero que a la vez se ha enfrentado al capitalismo más voraz, a las crisis consecutivas que no dejan tomar aliento cuando ya está llegando la siguiente; soy de esa generación que perdió el

rumbo, sacó los pies de la tierra definitivamente y se zambulló en el consumo desmedido en una realidad virtual.

Por suerte no todo estaba perdido, porque si no, ¿qué estaríamos haciendo aquí? A lo largo de la vida fui conociendo células de resistencia inspiradoras en todas partes del mundo, gente que se resistía a asumir este sistema como propio e indiscutible; personas que, como yo, veían que era necesario volver a eso que los nasa de Colombia llaman Uma Kiwe, que los pueblos andinos llaman Pachamama y que nosotras llamamos madre tierra. Así, un grupo diverso, provenientes de diferentes lugares, nos encontramos y de esta forma dejé de ser YO para ser en colectivo; así, nació Memoria Viva de los Pueblos.



Taller de creación colectiva con la asociación de mujeres Luna de Frías.  
Foto: Colectivo Memoria Viva de los Pueblos

5. Cesaire, Aime (2006) [1949]. Discurso sobre el colonialismo. Madrid: Akal.

## ¿Por qué y para qué?

Cuando nos conformamos como colectivo teníamos una cosa clara: rehabilitar lo rural era una prioridad, volver a ser campesinas sería la base, los cimientos. Simplemente porque es lo natural, es el lugar donde el ser humano puede desarrollar su vida en su máxima expresión, vinculándose a su propio territorio y a la naturaleza, produciendo sus propios alimentos con los que nutrirse, construyendo una comunidad que sea un apoyo sincero, emocional en los vaivenes y problemas de la vida; nuestros pueblos, nuestros valles, son los territorios donde poder ejercer la política, protagónica, cercana, desde el común y para el común, donde practicar un diálogo vecinal para cuidar y aprovechar conjuntamente los bienes naturales comunales, resolver los conflictos y celebrar, en definitiva, VIVIR.

No teníamos la receta perfecta (tampoco la tenemos ahora después de seis años), pero sí la claridad de que para combatir esta crisis, que no es climática, sino ecosocial y sistémica, teníamos que ligarnos a la tierra, salir de esos centros de acumulación hostiles a la vida que son las ciudades, enraizarnos y campesinarnos. Queríamos ser y crear comunidad, cultivar nuestros alimentos, defender los territorios, formarnos, aprender y comprender.

De esta forma caímos, no por casualidad, en el valle de Valdivielso, uno más de esos territorios desangrados, donde gracias a nuestro empeño y al apoyo de vecinas y vecinos hemos encontrado nuestro lugar común. No ha sido fácil, ni lo será en los próximos años, pues enfrentamos, como el resto de territorios de la periferia del sistema,

graves problemas como son la falta de acceso a la vivienda, el acaparamiento de tierras por unos pocos (favorecido por la PAC, la política agraria común), los elevados precios de los medios de producción, la falta de servicios básicos como el transporte, la salud o la educación y una burocracia descontextualizada que solo pone trabas a las pequeñas campesinas.

## ¿Cómo lo estamos haciendo?

Una cuestión fundamental para recampesinarnos era conseguir tierra, colectivizarla y cultivarla. Actualmente cultivamos más de 10 hectáreas, la mayoría en secano, alternando trigos tradicionales, garbanzo y forraje; además, cultivamos una huerta comunitaria y varias huertas familiares, donde apostamos por la biodiversidad. Semanalmente, nos juntamos para llevar a cabo una jornada de trabajo comunitario, base de nuestro movimiento, ligada a estos cultivos (criba de garbanzo, cosecha, recogida de la patata, elaboración de conservas, etc.). Una vez al año organizamos el encuentro «Guardianes de la Semilla», donde aprendemos, intercambiamos semillas y hacemos un esfuerzo colectivo por conservar semillas nativas e ir poco a poco recuperando la biodiversidad de nuestras huertas y frutales. Todo ello, de una forma respetuosa con la tierra, desde los principios de la agroecología y la soberanía alimentaria.

Poco a poco, gracias al esfuerzo colectivo, además de tierra, hemos podido hacernos con medios de producción que nos permiten no solo cultivar sino también transformar los alimentos para, de esta forma, seguir profundizando en nuestro

proceso de soberanía alimentaria y obtener unos mínimos ingresos que a corto o medio plazo hagan viable la incorporación de más personas al movimiento y al territorio en un proyecto de economía comunal basado en principios de solidaridad. Este proyecto de economía comunal plantea una propiedad comunitaria de los medios de producción y participación de familias e individuos, donde las decisiones se

toman de forma asamblearia y el destino de los beneficios se decide entre todas, en busca del bien común. En este momento contamos con una pizzería móvil y se va a comenzar un pequeño centro de transformación de manzana.

La cultura es para nosotras otro de los ejes fundamentales. En un sistema mundo donde la hegemonía cultural (que se manifiesta en diversas formas y ámbitos, como la política, la economía, la educación, los medios de comunicación y la cultura en general) opera como un mecanismo de los poderosos para imponer ideas y valores en la conciencia colectiva y así legitimar su posición y control, se hace necesario dar la batalla en este campo produciendo contrahegemonía en nuestro cotidiano. Así, frente a la promoción del consumismo como un valor intrínsecamente positivo, la normalización de la desigualdad económica y la perpetuación de estereotipos de género y raciales (entre otros), nosotras apostamos por el poder popular construido desde abajo, la igualdad y el respeto a la diversidad, lo comunal y la solidaridad entre pueblos. Nuestras herramientas son las jornadas de formación política, la divulgación a través de nuestras redes y página web de artículos propios y de colectivos afines y procesos de creación colectiva con asociaciones y agrupaciones de los territorios rurales, que son una de nuestras señas de identidad y nos sirven como vía para fortalecer procesos asociativos locales y procesos transformadores en torno a principios como el feminismo, el respeto a la diversidad (género, origen, identidad sexual, etc.), la memoria histórica, el poder popular, la tierra y la defensa de los derechos humanos y colectivos.

## La Escuela de los Pueblos

Y si la cultura es fundamental, no lo es menos la memoria, la de nuestras ancestras, la memoria colectiva de nuestros territorios. La memoria es el espacio donde nos disputamos nuestras identidades, los relatos de dignidad y resistencia de los pueblos, el camino que juntos hay que transitar para no olvidar y seguir construyendo futuro. Necesitamos emanciparnos de ese «Homo capitalista» que es nuestra cultura, que es nuestro yo, y rescatar ciertos valores de los rescoldos de las comunidades, de esa esencia humana comunitaria, solidaria, salvaje, animal, de manos de tierra, conocedora de su territorio, de sus bosques y sus montañas, respetuosa de sus arroyos y sus alimentos, porque existía la conciencia del cuidado humano-territorio para convivir, para perpetuarse como especie.

Y para aunar todos estos conceptos, nuestro proyecto madre, La Escuela de los Pueblos: un nuevo espacio de formación política y experiencial, en nuestro territorio, el valle de Valdivielso. Un espacio contra el individualismo, la competencia, el consumismo, la depredación de la naturaleza, contra la ansiedad, el estrés y el odio entre pueblos. Un espacio formativo y experiencial que cumple con dos objetivos principales: la formación de promotores de vida que favorezcan la revitalización y defensa de los territorios, y la lucha por y para el movimiento social, para fortalecerse, reproducirse por los territorios y seguir construyendo un movimiento popular que a futuro se dispute los espacios de poder con los que nos mandan.

Necesitamos formarnos, aprender conjuntamente unas de otras, compartir experiencias, vincularnos emocional y simbólicamente a un movimiento que trabaje y luche por la vida, la justicia, la diversidad, la tierra y la paz.

## Internacionalicemos la lucha, internacionalicemos la esperanza

Si algo nos preocupaba era terminar siendo una experiencia más, local y aislada, donde, desde nuestros privilegios, construir una actividad para nuestro goce y disfrute. Nosotras creemos que los problemas, aunque locales y contextualizados, se enmarcan en lógicas capitalistas globales y, por tanto, las luchas también deben serlo.

En ese sentido, apostamos por las redes internacionalistas de apoyo mutuo, por el concepto de militante brigadista que acude a otros territorios a apoyar las luchas de las compañeras, en un movimiento bidireccional basado en la solidaridad y la ternura, donde aprender y compartir. Nos unimos así a otros colectivos y comunidades campesinas que en sus territorios están experimentando fórmulas de soberanía, democracia protagónica, recuperación de la memoria, experiencias comunitarias donde disputar el poder por el pueblo y para el pueblo.

Y como ya proclamaron nuestras ancestras, «común es el sol y el viento, común ha de ser la tierra, que vuelva común al pueblo lo que del pueblo saliera».

*Amalia Bueno*

Valle de Valdivielso

Memoria Viva de los Pueblos - Movimiento Popular



Guardianes de la semilla 2024. Taller de injertos con la red de semillas de Euskadi.  
Foto: Colectivo Memoria Viva de los Pueblos

Joán Evans Pim

# La gobernanza comunitaria ante los nuevos desafíos

## ALGUNAS REFLEXIONES PARA OTROS MODOS DE HABITAR EL MUNDO

A pesar de los más de dos siglos de esfuerzos por suprimir esta forma de titularidad de la tierra, asumiéndola como pública mediante la usurpación o privatizándola con subastas y apropiaciones, en Galicia existen todavía más de 3000 comunidades de montes vecinales a las que se suman muchas que no han sido clasificadas y funcionan de forma consuetudinaria o se encuentran abandonadas.

Pocas personas saben que una cuarta parte del territorio de Galicia (algo más de 700.000 hectáreas) responde a una figura peculiar de titularidad de la tierra denominada “montes vecinales en mano común”. Si bien nuestro marco jurídico binario solo contempla la existencia de propiedad pública o privada, en esencia, estos territorios no son ni una cosa ni la otra. De hecho, en Portugal, donde existe una forma similar, los *baldios*, la

Constitución reconoce expresamente la existencia de estos “medios de producción comunitarios”, plenamente diferenciados de los públicos y los privados.

Los bienes de las comunidades de montes vecinales se rigen por las 4 íes: son indivisibles, inalienables, imprescriptibles e inembargables. No se pueden comprar, vender ni heredar (por lo que incluso se ha cuestionado su consideración como

una forma de propiedad). Quienes los usan, disfrutan y gestionan, comuneras y comuneros, solo lo hacen si mantienen en un determinado lugar “casa abierta y con humo”, lo que habitualmente se interpreta como residencia continuada, pública y notoria, durante al menos 9 meses del año, y no se exige tener la propiedad de un inmueble o estar empadronada.

La asamblea de todas las vecinas comuneras es la columna vertebral de su gestión comunitaria, manteniendo la tradición del concejo abierto. En ella se decide qué plantar o qué cortar, pero también se gestionan las traídas de aguas comunitarias, los repartos de leña o las actividades lúdicas y festivas. La trascendencia de muchas de sus decisiones radica en su impacto a largo plazo (por ejemplo, una plantación de pino puede tener un turno de corta de 30 años) pero también en el paisaje, pues, en un país caracterizado por el minifundio, los montes vecinales dominan enormes extensiones.

### Extractivismo contra comunales

A pesar de su tenaz supervivencia hasta el siglo XXI, esta forma de gobernanza está, como siempre, amenazada. Por un lado, el extractivismo minero, energético y forestal compromete la integridad de muchos de estos territorios. Como ejemplo, los contratos privados con empresas de pasta de papel, como ENCE o Navigator, a 30 años, los convierte en desiertos verdes de monocultivos que rompen los vínculos entre comunidad y monte, cuya gestión desaparece y, con ella, la propia identidad colectiva. Por otro lado, la despoblación y el abandono rural hacen que muchas comunidades sean inviables y caigan en el abandono, lo que lejos de un idílico ‘rewilding’ implica eriales dominados con especies exóticas invasoras, como la acacia, propagadas por los incendios. A esto se suman los impactos del caos climático: sequías prolongadas y grandes incendios de naturaleza inédita, a los que se ha apellidado «de sexta generación».

No obstante, muchas comunidades han emergido en este escenario sombrío para reivindicar su soberanía comunitaria y gestionar territorios llenos de vida y resilientes frente a estas amenazas. Sus experiencias ilustran la capacidad de las comunidades locales, del tipo que sean, para innovar, inspirándose en sus prácticas de gobernanza y gestión ancestrales.

En buena medida, estas prácticas rompen con el modelo de monte vecinal generado por la ley

franquista de 1968 y perpetuado por las diferentes administraciones hasta el presente, que pivota sobre la premisa productivista de que estos territorios deben orientarse a proporcionar determinadas materias primas para el mercado, como el eucalipto para la pasta de papel, a veces a costa del propio bienestar y justicia intergeneracional en el seno de las comunidades. El temor que ahoga cada verano a cientos de comunidades rodeadas por monocultivos pirófitos ilustra esta paradoja de la recuperación de la titularidad de los territorios usurpados en la primera mitad del siglo XX, que no trajo consigo una recuperación de usos y funciones.

### Vínculos, gobernanza y conservación

Un ejemplo de estas nuevas prácticas son las comunidades energéticas, proyectos que en Galicia han estado encabezados principalmente por comunidades vecinales. Hay casos tan dispares como el de Tameiga (Mos), una comunidad de montes periurbana; el de Arousa, que también incluye una cofradía de pescadores; o los de Froxán

Más allá de la replicabilidad o escalabilidad de estas experiencias, su mera existencia representa un modelo heurístico que nos invita a repensar cómo podemos solucionar nuestros problemas desde una visión y praxis comunitaria.

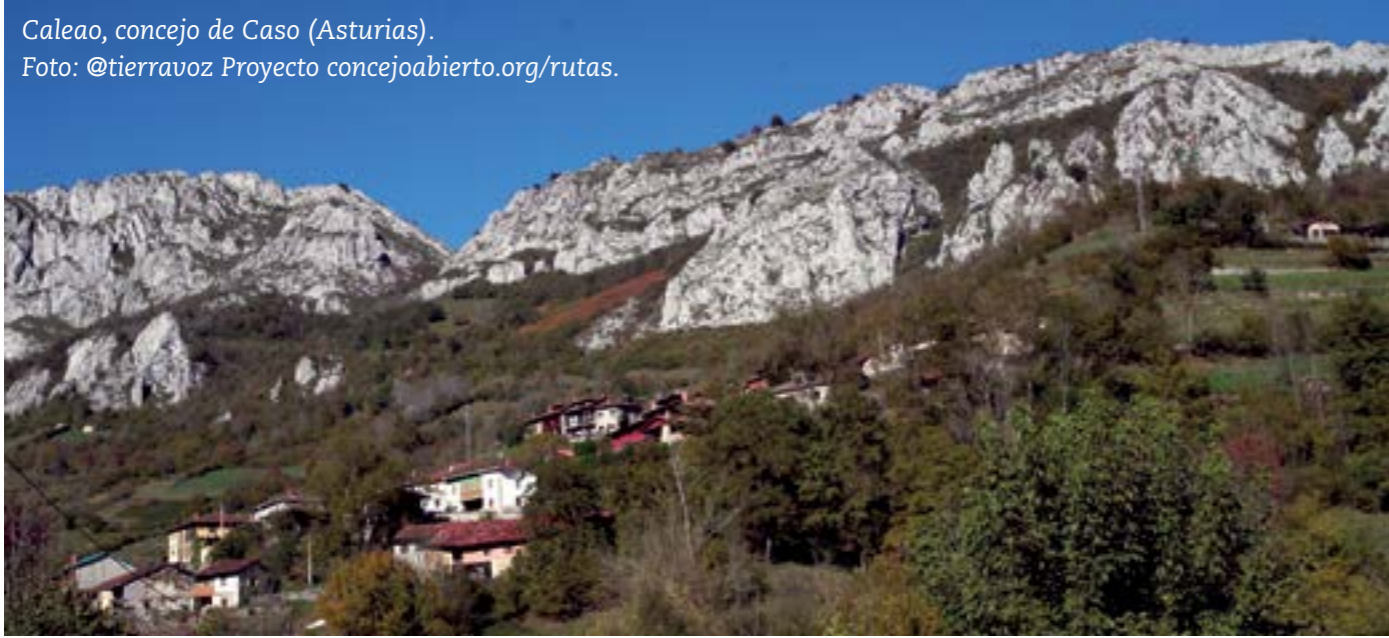


Concejo abierto en Caleao, concejo de Caso (Asturias).  
Foto: @tierravoz Proyecto concejoabierto.org/rutas



Caleao, concejo de Caso (Asturias).

Foto: @tierravoz Proyecto concejoabierto.org/rutas.



(Lousame), Buchabade (Ponte Caldelas) y Liñares (As Neves), cada uno mediante fórmulas distintas. Que pequeñas comunidades rurales con pocos recursos (Froxán tiene 15 habitantes, menos que la mayoría de las comunidades de propietarios urbanas) puedan ser pioneras en la implantación de instalaciones de autoconsumo colectivo ilustra el potencial de trabajar en comunidad.

Otras comunidades han evidenciado las posibilidades del aprovechamiento multifuncional del territorio de forma respetuosa con la conservación ambiental. Cinco montes vecinales gallegos (Couso, Covelo, Froxán, Teis y Vilar) fueron de los primeros territorios de Europa que se incluyeron en el Registro de Áreas Conservadas por Pueblos Indígenas y Comunidades Locales (ICCA, en sus siglas en inglés), gestionado por el Programa de la ONU para el medio ambiente. Los tres criterios para el reconocimiento son la existencia de un territorio vinculado a la comunidad, que esta sea quien ejerza su gobernanza y que el resultado de esta gestión sea positivo para la conservación de la naturaleza.

Las comunidades de montes también son un importante pilar de la economía social, ya que generan empleo en numerosas localidades. La comunidad de Baroña, por ejemplo, cuenta con una plantilla media de 10 personas dedicadas a tiempo completo al resinado, trabajos forestales, cuidado de ganado, producción de miel o gestión de un coto micológico. Actualmente está desarrollando un centro de transformación alimentaria que generará varios puestos de trabajo más,

dedicados a la preparación y comercialización de carne, miel, setas y frutas, principalmente para el ámbito local. En la comunidad de Couso, se producen frutos del bosque y mermeladas, además de shiitake y castañas. Pero en ambos casos, si algo caracteriza esta economía social, es la reinversión de los beneficios en la comunidad, pues son las principales dinamizadoras culturales de sus respectivas poblaciones. La famosa Sala Rebullón, en Mos, con una oferta cultural que envidiaría cualquier ayuntamiento, está gestionada y financiada directamente por la comunidad de Tameiga.

En ese esfuerzo por poner freno a monocultivos, eliminar especies exóticas invasoras, recuperar bosques autóctonos, humedales y especies vulnerables, prevenir incendios y preservar el patrimonio biocultural, las comunidades también han sabido movilizar a la sociedad más allá de sus entornos inmediatos. Han sabido ampliar el círculo de implicación y preocupación por problemas que no afectan solo a los núcleos rurales, sino a toda la sociedad. Ilustra esto el voluntariado ambiental de las llamadas «brigadas deseucaliptizadoras», una iniciativa que empezó en 2017, tras unos de los peores incendios que afectaron a Galicia, recuperando los conceptos tradicionales de “roga” (llamamiento al trabajo comunitario) y “albaroque” (comida y fiesta posterior a los trabajos colectivos). Si en la primera convocatoria la lista de brigadistas era de apenas 50 intrépidas, hoy el número de inscritas se acerca a 1500 y, además, han surgido iniciativas similares de ámbito local en numerosas comunidades.

## Laboratorios de dinamización y organización social

Lejos de estereotipos localistas, las comunidades también han sido pioneras en el establecimiento de redes, tanto a pequeña como a gran escala. Algunos ejemplos recientes son el Laboratorio ecosocial do Barbanza, en el que seis comunidades del Ayuntamiento de Rianxo (Araño, Campelo, Isorna, Leiro, Taragoña, Paradela) se han puesto de acuerdo para gestionar de forma conjunta un proyecto de ganadería regenerativa para prevenir incendios y conservar la biodiversidad, o la Red de áreas conservadas por comunidades locales como parte del proyecto «Comunidades activas y paisajes resilientes a incendios forestales y cambio climático», en ambos casos con el apoyo de la Fundación Biodiversidad.

Las comunidades son, en sí mismas, un espectacular laboratorio de experimentación e innovación social. Es cierto que de las casi 3500 que existen, la mayoría tienen una gestión pasiva o amortecida, consecuencia de los convenios de gestión pública heredados de los consorcios del Patrimonio Forestal del Estado. Estos han implicado que el grueso de la gestión en buena parte de las comunidades haya estado en manos de la Administración que, al extinguir esos acuerdos, facilita una sucesión hacia manos privadas. Las grandes empresas de pasta de papel lideran estos años una agresiva campaña de acaparamiento de tierras con la que buscan poner estas grandes superficies al servicio de sus monocultivos.

Sin embargo, también es cierto que muchas otras comunidades han sido escenario de un sinfín de experiencias, algunas más exitosas que otras, pero que en conjunto representan un repositorio del saber hacer popular y la capacidad de adaptación de estas fórmulas de organización y gobernanza a escenarios cambiantes. Más allá de la replicabilidad o escalabilidad de estas experiencias, su mera existencia representa un modelo heurístico que nos invita a repensar cómo podemos solucionar nuestros problemas y hacer frente a estos desafíos, estemos donde estemos, desde una visión y praxis comunitaria.

Por otra parte, el declive rural también presenta una oportunidad para recuperar y restaurar los espacios en mano común que han sucumbido al abandono en las últimas décadas. Para aquellas personas que deciden irse o volver, los montes vecinales pueden servir como pivote para proyectos de ganadería y agricultura regenerativa, de

La leña es uno de los muchos bienes que se gestionan y aprovechan de forma comunal.

Foto: @tierravoz Proyecto concejoabierto.org/rutas



recuperación de cultivos tradicionales o de silvicultura próxima a la naturaleza, que, a su vez, pueden atraer nueva población y animar a la que hay a quedarse.

Las más de 700.000 hectáreas de las que disponen las comunidades de montes en Galicia, sin duda, facilitan muchos proyectos que necesitan esta base territorial para funcionar, pero el secreto de la receta de muchos proyectos no es su territorio o los recursos que este puede facilitar, sino la propia organización comunitaria. Por fortuna, esta es fácilmente exportable a otros contextos: desde un bloque de vecinas o barrio urbano hasta un pueblo cuyas tierras comunales pasaron a manos privadas siglos atrás. Experiencias como las cooperativas integrales, de por sí muy diversas, evidencian como el asamblearismo, la ayuda mutua y la solidaridad pueden crear nuevos espacios comunales para el bienestar común. ●

Joán Evans Pim

Vecino de Froxán, director de la Fundación Montescola y profesor adjunto de investigación sobre paz y conflictos en la Universidad Åbo Akademi (Finlandia)

## Historias de la sabiduría comunitaria y concejil

Miramos el entorno natural, los montes, ríos, valles, bosques, praderías... y, en ocasiones, lo desligamos de los pueblos, de las comunidades, de sus habitantes, olvidando que son el fruto de la actividad de generaciones que habitaron el territorio y que, históricamente, se han organizado en concejos o llamando a junta, donde se resuelve comunitariamente qué acciones desarrollar, respetuosas, generadoras y cuidadoras de ese entorno, qué caminos son los prioritarios para arreglar o qué tareas hay que hacer para mantener este u otro lugar.

En el proyecto [concejoabierto.org](http://concejoabierto.org), que desarrollamos en Tierravoz Comunicación, mediante documentales e itinerarios culturales cocreados con la vecindad, contamos historias y ponemos en valor los logros de muchos pueblos, mostrando cómo estas fórmulas organizativas han conseguido, por ejemplo, traer el agua a la localidad, gestionar los montes, instalar la fibra óptica para internet, cuidar del ganado, gestionar la pesca, mantener las erías o unirse para comprar el lugar de la fiesta, aun siendo pueblos de dos comunidades distintas. Territorio, gobernanza, trabajo conjunto y celebración. Cuatro ejes para entender algo tan esencial como es la vida.

Para cuidar el entorno, fruto de las deliberaciones, se organizan días de faena comunal, que tienen distintas formas de denominarse, en función de los lugares: Sestaferia y sus variantes (estaferia, xustiferia, satisferia) en Asturias, facendera por León, hacendera en Salamanca, auzolán en el País Vasco... Y, si afinamos el oído, oíremos llamarlo minga en Bolivia o tequio en México.

Alcance internacional para una ruta con más de diez caminos locales, en uno de ellos, el de Caleao, en Asturias, señalan que hicieron la primera escuela tres años antes de la Revolución francesa y que, además de lo que se aprende en la escuela, hay otra educación más amplia, que es cosa de todo el pueblo. El vecindario se organiza con tareas concretas para echar una mano a una persona o familia en una práctica que recibe nombres variados también, como tornallom o andecha, o panes prestados, aludiendo a la reciprocidad debida. Así era como se resolvían muchas tareas del medio rural antes (las esfolazas, el desgranar las fabas, la construcción y arreglo de las viviendas) con su convite final.

Con esta iniciativa de divulgación, queremos también vencer el descreimiento y la desmemoria que intenta hacernos pensar que no somos capaces de ponernos de acuerdo, cuando lo venimos haciendo desde hace más de mil años para asegurar la vida y todo lo que la sostiene.

Carmen Comadrán  
Tierravoz Comunicación

Reunión vecinal en Taxa, Teverga (Asturias).

Foto: @tierravoz Proyecto [concejoabierto.org/rutas](http://concejoabierto.org/rutas)



Begoña Ribera

# La importancia de ser y sentirse pueblos

## UNA APROXIMACIÓN DESDE LOS TERRITORIOS MAYENSES DE CHIAPAS

«(...) que no somos una suma de individuos dispersos por el mundo, sino una viva armonía de colores y de voces, un constante latido de deseos y pensamientos que se nacen, se crecen y se fecundan amorosamente en un solo corazón y voluntad, tejido de esperanza. A esta existencia y forma de pensar armónica y colectiva la llamamos comunalidad».

Declaración II Congreso Nacional Indígena, 2001, Nurio, Michoacán

Como afirmó aquel Congreso en Michoacán hace más de dos décadas, no es el agregado de individualidades lo que define a estos pueblos. Su inmanencia sigue expresándose en el hecho de *sentipensarse* de forma comunal y actuar en consecuencia. Ello proviene, en parte, del cuidado de sus territorios ancestrales y el anhelo de una vida plena y armónica.

Sitúo este espacio-texto en los territorios de Chiapas en donde mayormente desarrollé vida y aprendizajes sobre el sentido comunal de los pueblos originarios. Son en su mayoría reflexiones que surgen de la interacción colectiva, del diálogo y la palabra como experiencias transformadoras para encaminar futuros otros.

Siguiendo a mi corazón en sus primeros pasos con las y los mayas tseltales y tsotsiles de Chiapas resuena la pregunta: «¿y tú?, ¿de qué pueblo eres?!». Ante tal interrogante, inmediatamente buscaba o dibujaba un mapa y señalaba primero Europa, después la región de la que provengo. Una respuesta que dejaba inconforme al interlocutor: «pero ¿de qué pueblo eres?». Y el silencio daba cuenta de mi desarraigo. Mi cartográfica respuesta

no era suficiente. Yo me identificaba adentro de una demarcación político-administrativa, como nos enseñaron en las escuelas, pensando que con ello sería suficiente. Pero rápido seguían nuevas preguntas, aquellas que me ayudarían a elaborar una respuesta cabal: ¿Cómo es que viven? ¿Qué comen? ¿Qué siembran? ¿Cuál es su lengua? ¿Cómo festejan? ¿Cómo le hacen cuando hay problemas? Y la más compleja de responder: ¿Cómo tratan a los indígenas allá? Una retahíla de cuestionamientos para hacer (nos) intuir la profundidad del *ser* y *sentirse* pueblos para quienes habitan estos territorios.

Todas las personas reflejamos de alguna manera el lugar del cual venimos. Lo nombremos comunidad, pueblo, barrio o las calles y veredas en dónde crecimos, como sea, pertenecemos a algún espacio afectivo. Son lugares que nos procuran identidad, que albergan nuestra genealogía, historias transitadas, memorias enlazadas al entorno al cual pertenecemos, que no es lo mismo que este nos pertenezca, como escuché a una campesina al decir que la tierra no es de nadie, que es un bien sagrado que había sido heredado



Chiapas. La vida en torno al maíz.  
Foto: Cucho Ramírez Sagredo

desde muy atrás, desde «antes antes», cuando las ancestras y los ancestros o *jMejTatik* (nuestras madres-padres) lo donaron. Y como tal era menester preservar para heredar a los hijos e hijas.

### Desde Chiapas, una filosofía corazonada<sup>1</sup>

Para los pueblos indios de Mesoamérica, del cual el maya *tsestal* es parte, las dimensiones espiritual y natural son de gran relevancia. Según estos pueblos mayenses, para poder comprender la cultura hay que sentirla, no únicamente nombrarla, mucho menos conceptualizarla. Tiene que «atravesar el cuerpo», se dice, entendido ancestralmente como territorio-cuerpo que representa el universo que se habita. Un cuerpo y cosmos a la vez en el que, según los antiguos códigos,<sup>2</sup> las extremidades inferiores corresponderían a la tierra, el ombligo al centro del mundo, los ojos y la boca a las cuevas y la sangre a sus ríos.

En este territorio-cuerpo vívido, el corazón-*O'tan*, un potente centro energético que alberga más allá de las emociones, habría estado presente desde que las primeras deidades crearan a los humanos, primero de barro, después de madera y finalmente de maíz. De ahí la autoafirmación

como hombres y mujeres hechos de maíz que expone la continuidad de la milpa o *k'altik* como sistema de cultivo ancestral y ejemplo agroecológico. Su riqueza en biodiversidad y elementos comestibles, medicinales, inclusive ornamentales, alimenta los cuerpos, colectivos también, al tiempo que la identidad campesina e indígena. Poner atención a lo que comemos y, en consecuencia, a cómo ha sido cultivado (por ejemplo, sin agroquímicos, que queman la tierra, se dice, y merman su fertilidad) es parte del cuidado territorial, ya que en este cosmos-cuerpo-naturaleza los seres humanos no estamos desprendidos de la tierra y hacerle mal significaría hacérselo a nosotros mismos.

El territorio o *Lum K'in*al como espacio de interacciones vincula experiencia y práctica cotidiana. Es donde tiene lugar el desarrollo espiritual y emocional desde el nacimiento de la persona y con el resto del pueblo o comunidad. El conocimiento es tarea común, se genera sin instruir, dejando que las personas aprendan por sí mismas. Así, desde la niñez y en todas las etapas de la vida, el aprendizaje es autónomo y para la resolución de problemáticas familiares o comunitarias. Esta responsabilidad, que tiene base en la pedagogía del observar y practicar, tiene en cuenta la relación profunda tierra-vida y la empatía que conlleva asimilar la territorialidad; eso es, la sensación de vínculo profundo con la parte simbólica

y no solo material del territorio. Por lo que se afirma que «no se enseña, sino que se aprende» de manera continuada.<sup>3</sup>

La comunidad asimilada a pueblo o poblado forma parte de esta corporeidad que se mantiene viva porque también vivo tiene su corazón. Este se duele cuando la armonía se rompe, cuando ve fragmentado su sentido comunal por un poder mal ejercido o que no guarda la forma de autoridad tradicional entendida como servicio en gratuidad y para el colectivo o cuando existe violencia hacia las mujeres y los niños y las niñas; también se duele cuando la comunidad se divide, se confrontan las personas y el yo individual se coloca por encima de los intereses comunitarios. Es entonces cuando el pueblo se organiza para su restitución, para regresar al sentido común y que el corazón vuelva a su casa y ahí esté tranquilo y en paz o *Nakal O'tanil*. Para ello se echan a andar acciones en las diferentes dimensiones de la vida (individual, familiar y colectiva) en las que los rituales, ceremonias y festividades tienen un papel importante por su carácter convivial.

Los pequeños asentamientos, rancherías y ejidos, todos ellos espacios relacionales, son parte del entorno y, por ende, del *Lum K'in*al. Este se refiere a todo lo que nos rodea, incluyendo lugares sagrados como los cerros, los ríos, el ojo de agua,

3. En lengua *tsestal* lo que conocemos como *conocimiento* se nombraría *nophel*, que significa 'acercarse'.

las plantas, los árboles, los animales o las cuevas. La *cosmovivencia* a través del diálogo en forma de petición u ofrenda con las deidades que en ellos habitan es imprescindible para seguir en relación con el mundo de lo sagrado. Alcanzar la plenitud de lo que representa una vida buena o *Lekil Kuxlejal*<sup>4</sup> comprende este «nosotros ampliado» y un modo de ser-estar-pensar-actuar o *Stalel Kuxlejaltik naturolátrico*.

### Territorializar para lo común

Habitar y sentir los entornos no tiene nada que ver con la geografía convencional, por demás, colonial, obsesionada con mapear y construir indicadores para sus ordenamientos territoriales capitalistas. Cual recipientes o contenedores, sus herramientas no contemplan la complejidad social, espiritual y simbólico-afectiva de los territorios, ni mucho menos la reivindicación de lo que representa la cultura y su revitalización para *seguir siendo* pueblos, para seguir haciendo comunidad en la contemporaneidad.

Como se vio, para que la armonía tenga lugar no basta con decirlo o desearlo; hay que traducirlo en autoorganización por medio del trabajo colectivo, en una estructura de servicio comunitario

4. Este Buen Vivir no es exclusivo de esta cosmovisión, sino que también lo es de otras propuestas por el cuidado de la vida con las que comparte la larga resistencia indígena, como las andinas *Sumak Kawsay Kichwa* en Ecuador o *Suma Qamaña Aymara* en Bolivia.



Chiapas. En este cosmos-cuerpo-naturaleza los seres humanos no estamos desprendidos de la tierra.  
Foto: Cucho Ramírez Sagredo

1. Siguiendo el trabajo del filósofo Carlos Lenkersdorf sobre lenguas y cosmovisiones mayas.

2. El libro sagrado de los mayas o *Popol Vuh*.

o cargos, de gobierno autónomo y con base en el reconocimiento de la cultura, de la lengua, de las narraciones y todo el conocimiento que existe fruto de la estrecha vinculación con el *Ch'ul Lum K'in*al (territorio sagrado) en donde todo tiene vida porque todo tiene su corazón.

La vida en estos territorios se teje de manera integrada. No es posible «ser» sino «se es en», «desde» y «con» el espacio que se habita. Esta relación es fundamental y ello puede verse en el trabajo de la *milpa*<sup>5</sup> o en los rituales para la siembra que involucran pedir permiso a la sagrada madre tierra o *Ch'ul jMe'tic*. La tierra para alimentarse, los territorios que nutren su identidad e historicidad y los bienes naturales y bienes comunes son imprescindibles para seguir siendo pueblos, para preservar su comunalidad.

Territorio es también espacio sociopolítico para resolver de forma participativa las necesidades de las comunidades por medio de su asamblea. La armonía, indispensable para el Buen Vivir de los pueblos y sus territorios, se expresa también como *Jun Pajal O'tanil* ('tener un solo corazón o tener emparejado el corazón con') que requiere de la toma de acuerdos, de la coincidencia de los *sentipensamientos* o *chaphil k'op*. Aunque esta ya no sea la misma, según protestan los más ancianos porque fue cooptada por los partidos políticos y la democracia liberal (individualizante), todavía es considerada un espacio importante que vela por la comunidad, que se encarga de proveer armonía.

No obstante, es preciso reconocer que existe una enorme heterogeneidad y dinamismo, incluso en el interior de quienes comparten una misma lengua originaria o una misma región. Del mismo modo, no podemos pensar en las comunidades como espacios cerrados, sino que están en constante interacción, para bien y para mal con otras culturas. Esta gran complejidad, asumida como parte de la vida comunal, no quita de aspectos importantísimos como los sistemas normativos propios (institucionalidad propia) y el diálogo constante y la negociación, precisamente por esta diversidad.

5. Sistema biodiverso que incluye, además de maíz, frijol y calabaza, otras verduras (cultivadas o no), plantas medicinales, árboles forestales y frutales, así como cultivos que proporcionan utensilios de cocina u otros usos para las festividades. Alrededor de la milpa se organiza la vida, el trabajo, el alimento, la creatividad, la conservación del conocimiento y la ritualidad que conecta el todo, en esa relación cósmica que ya se apunta.

Finalmente, puede decirse que existe un sinnúmero de experiencias que territorializan, que construyen territorio por medio de procesos organizativos, algunos históricos, en forma de movimientos campesinos, indígenas, de mujeres, por la defensa de la tierra y el territorio, por una economía social y solidaria emancipadora, por una educación que parte y regresa a la comunidad, por el derecho a la libre determinación y a la autonomía territorial, por la construcción de gobiernos autónomos y por la impartición de una justicia desde los propios parámetros culturales, por mencionar algunos. En ellos emergen ciertos valores arraigados a la práctica del comunitarismo, en donde lo que se coloca al centro es ese 'nosotros', no exento de contradicciones sistémicas como las de la violencia machista.

### Algunas pistas para la colectividad

La sostenibilidad de la vida expresada en los términos de la armonía maya *tseltal* representa en sí una propuesta epistémica y de transformación, una herramienta de lucha que tiene al territorio como uno de sus elementos centrales. Es un camino, una apuesta, dicen las y los *tseltales*. Una cartografía propia que permite mirar las tensiones, los problemas, pero también las posibles sendas a seguir. Más allá de una conceptualización, en estos lugares, es toda una praxis para la vida que nos invita a repensar qué es hoy lo que nos conjunta, lo que nos es común en estos espacios fragmentados y convulsos.

El gran desafío, para muchas de nosotras y nosotros que crecimos en la occidentalidad y por años caminamos la labor de imaginar mundos dignos, es cómo construir y asumir la colectividad en nuestros lugares; cómo procurarnos una vida digna ante la apisonadora neoliberal capitalista, racista y patriarcal que nos quiere aislados, carentes y en competencia. Este escrito ha querido aproximar algunos elementos de realidad ante la orfandad de propuestas colectivas en la que muchas de nosotras nos encontramos. ●

*Begoña Ribera*

Investigadora Social

Doctoranda en Posgrado Desarrollo Rural de la UAM-Xochimilco, México

Las fotos pertenecen a los documentales *K'altik Zapatista* (2017) y *Remedio Mexico* (2020) de *InquietaDoc.com* [www.vimeo.com/inquieta](http://www.vimeo.com/inquieta)



Revista SABC

«Debemos volver a mirar hacia las soberanías»

ENTREVISTA A VANESA FREIXA

«No soy pastora, ni ilustradora, ni activista, ni escritora, ni dinamizadora; pero sí tengo un poco de todo esto. Soy de montaña, pallaresa. Hija de un lugar pequeño, donde vive poca gente. Hija de Casa el Ros». Así se describe Vanesa en su libro, *Ruralisme* (Ara Llibres, 2023), donde reflexiona sobre la ruralidad desde una perspectiva crítica y política, pero también emotiva y vital, y con el respeto y la admiración por el campesinado en el centro.

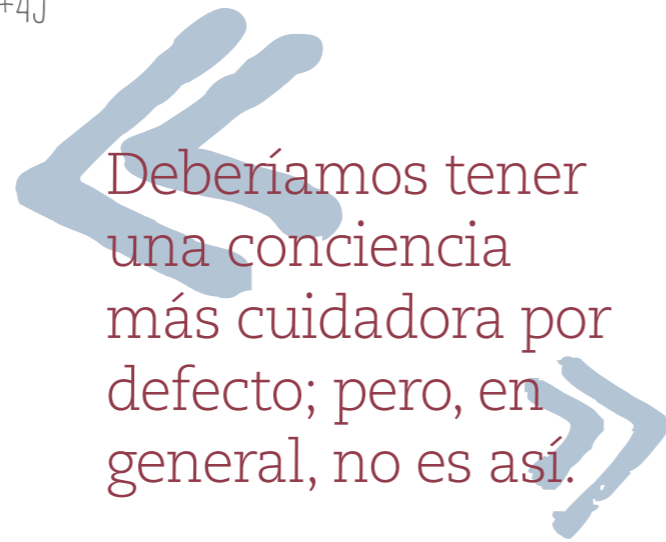
Vanesa, directora de la Escola de Pastors i Pastors de Catalunya entre 2009 y 2016, cuenta en su libro que nos encontramos en una situación límite. Que en pocas décadas hemos trastocado completamente nuestra manera de vivir y la hemos llevado al extremo de la barbarie, entendida como una actitud cruel, sin compasión por la vida ni por la dignidad de los demás. Es en este contexto en el que el concepto de «ruralismo» se erige como una inspiración y una herramienta para construir una nueva realidad.

### En el libro asocias al concepto de ruralismo dos términos: simplicidad y regeneración. ¿Para ti son dos consignas políticas?

Son palabras que, de hecho, podemos vincular; pero empiezo por la regeneración. Si pensamos en el campesinado, tendríamos claro que hablamos de regeneración de la tierra, de la regeneración del modelo agrario; pero, si lo aplicamos a la vida misma, también es una regeneración de los valores, de nuestra ética. Nos hemos perdido en todos estos años de crecimiento acelerado. Nos han consumido. Si pienso en la simplicidad, pienso desde la suerte y el privilegio de tener algo de tierra que te aporta alimento en todos los sentidos. Entonces es cuando ves clarísimamente que necesitas muy pocas cosas para vivir en aquel rincón, cuidarlo, cuidarte y cuidar de tu familia o de las personas que te quieres. Y esto hace, automáticamente, que no tengas necesidad de irte, que no tengas necesidad de ir fuera a buscar nada. Y esto supongo que nos lo aporta la tranquilidad, el bienestar de estar en la naturaleza, con lo que nosotros somos.

### Esto que dices que nos hemos perdido en este camino nos lleva a reencontrarnos y para ti queda claro que pasa por lo rural; pero, de alguna forma, también invoca una cierta nostalgia del pasado. ¿Cierto?

Cuando yo pienso en la vida en el entorno rural, pienso en un espacio que te facilita un nuevo ritmo porque no existen tantos estímulos artificiales. Lo que tenemos son muchos estímulos naturales, bellísimos e inspiradores. Ahora ocurre que estamos rodeados de muchísimas cosas que nos llaman la atención constantemente. Es terrorífico. Hay muchísimo ruido. No digo que cambiar esto tenga que ser el único camino, pero aquí en el pueblo las cosas se vuelven a asentar o sosegar



Deberíamos tener una conciencia más cuidadora por defecto; pero, en general, no es así.

y entonces puedes tener un poco la percepción mucho más tranquila y más aproximada del qué, del cómo estás, de lo que te pasa por la cabeza. En ese sentido tengo nostalgia del pasado.

### Parece que lo único importante en todas las expresiones de nuestra sociedad es la innovación, el progreso. Y ese pensamiento llegó al campo.

Claro. Se han dicho tantas cosas peyorativas hacia el mundo rural y hacia esta vida... Es verdad que en ciertos momentos hubo mucha precariedad y escasez y la gente quería huir de esto, naturalmente. ¿Por qué? Porque los primeros que se fueron les mostraron que había otra manera de vivir, con ciertas comodidades a las que nadie ahora, seguramente, querría renunciar. Pero lo que debemos entender es que cuando echamos la vista atrás, lo que buscamos son aquellas cosas que sí que tenían sentido y que para mí eran valores fundamentales, un bien común para las personas. También una voluntad real de preservar las cosas, que debían ser duraderas para garantizar tu vida. Esta dinámica que llevamos de usar y tirar hace que todo tenga ese valor hiperefímero.

Por otro lado, mirar atrás es querer tener una vida más sobria. Lo que deberemos hacer como sociedad es garantizarnos lo básico: una buena alimentación, un buen entorno, un acceso a la vivienda digna, una buena educación, unos buenos servicios sanitarios y sociales... Eso para mí es lo necesario para la vida. Y hay que tener claro que todo lo demás es superfluo. No lo necesitamos para disfrutar una buena vida.

También deberíamos añadir siempre la parte cultural, que ha sido muy viva en los pueblos y hacía que la gente pudiera compartir tiempo y espacios, y, finalmente, tomar una identidad

propia que ahora también hemos perdido. Es un tema que para mucha gente es incómodo. No hablo de nacionalismo, hablo de lo que te vincula a tu comunidad, tu ecosistema de vida. Esto también se ha desdibujado.

### Ante estas crisis y emergencias actuales, ¿qué conocimientos de la vida rural serán fundamentales?

Yo lo metería todo en un mismo paquete, que sería «ir ganando cuotas de autonomía» porque la vida en el pueblo, la vida de la gente que vivía en el campo se caracterizaba, principalmente, por tener mucha autonomía. Dependían muy poco de fuera y solo en cosas muy puntuales. Pero lo principal era la autonomía en todos los sentidos, autonomía alimentaria y, evidentemente, autonomía tecnológica. La gente tenía muchos oficios vinculados a muchas artesanías que les permitían ser capaces de hacerlo casi todo, algo que ahora no sabe casi nadie. No nos han hecho ese traspaso de conocimiento. No se ha enfocado la educación, en parte, a considerar fundamentales y necesarios estos conocimientos que nos aportaban



autonomía y, en consecuencia, una libertad individual, colectiva y comunitaria. Esto se ha borrado.

Entonces, yo pienso que debemos volver a mirar hacia las soberanías; que la soberanía, al fin y al cabo, es una autonomía propia para poder funcionar con lo que tienes en el sitio en que vives. Debemos reaprender a planificarnos para intentar proveernos de una manera ordenada de lo que necesitaremos, pero nunca desde el abuso, nunca pasando por encima de otras comunidades, territorios, países o ecosistemas. Basta, eso debe acabar. Es otra forma de entender y sentir que realmente somos capaces de sobrevivir, en este caso, en comunidad. Porque tenemos que hacerlo en común, es evidente.

### Y ahora que hablamos de comunidad y de estar arraigados. Quiero pedirte que desarrolles estas ideas. ¿Comunidad y territorio acaban siendo una única cosa? ¿Este vínculo estimula un vínculo afectivo?

Esto me hace pensar en el hecho de que debemos sentirnos, en el buen sentido, responsables de algo. Cuando tu realidad está muy próxima, por decirlo así, al entorno en el que vives, no solo el entorno físico, sino también el humano, tomas conciencia de que eres responsable de mantener ese espacio lo mejor posible y de aportarle lo necesario para mejorarlo. Cuando tú te haces responsable, cuando te sientes a cargo de algo, entonces ya pasas como a otro estadio, te implicas aún más. Debería ser así. Deberíamos tener una conciencia más cuidadora por defecto; pero, en general, no es así.

Esta oportunidad de responsabilizarse de lo que tenemos cerca, de hacerlo mejor, es la misma en el campo y en la ciudad. A mí lo que me sabe mal es que a veces pensamos que la única manera, por decirlo así, de salvarnos, es dejando la ciudad atrás. Y yo apostaría a que si me siento de ciudad y la quiero —aquí es donde interviene el amor—, me siento vinculada con ese lugar. Es parte de mi vida, de mi cultura, de mi identidad. Tengo que implicarme lo máximo posible para que sea un sitio mejor. Debemos generar este amor, pero la globalización no ha ayudado en este sentido, sino que nos ha obnubilado para que nos queramos sentir igual que países y personas que están en la otra punta del mundo. Esto no quiere decir que no podamos inspirarnos en lo de fuera, naturalmente que sí, pero sabiendo apreciar lo propio.

### También eres pastora, ¿qué aprendes cuando estás con el mundo de las pastoras?

Su persistencia en el trabajo. A pesar de lo que está pasando, hay algo que para estas personas está por encima de todo, que es seguir haciendo este trabajo lo mejor que pueden. Están muy centradas en el trabajo que hacen y esto está muy bien, justamente en el momento en que vivimos, en que no estamos centradas en las cosas que importan. Ellas saben lo que es importante. Es gente que tiene mucho conocimiento de todo. Son pastoras, pero son veterinarios y son gente que pueden abrir un animal y curarlo, cerrarlo y coserlo. Son muy polifacéticos en su trabajo, pero tampoco necesitan reconocimiento. De hecho, lo hacen porque han aprendido a hacerlo así y no le dan mayor importancia. Y eso, visto desde afuera, es algo extraordinario.

### Estos días que justamente se ha querido presentar una disputa entre el sentimiento de campesino y el ecologista, ¿cómo definirías lo que es ser ecologista?

El ecologismo está muy especializado, por decirlo de alguna forma, aunque está llegando un cambio, una nueva mirada, que yo creo que es más armónica. Nos hemos encontrado con discursos ecologistas que han puesto toda la ganadería, por ejemplo, dentro del mismo saco y, por tanto, se ha clasificado a todo el mundo como personas extractivas y destructoras del entorno, cuando la ganadería extensiva, precisamente, hace lo contrario. El ecologismo de hoy en día tiene mucha conciencia de los cambios climáticos, de las destrucciones de los ecosistemas, etc., pero no lo asocian con la vida cotidiana de las personas vinculadas al campo. Estos puentes están todavía por construir.

### ¿Dónde pondrías el acento en cómo transitar hacia una sociedad ruralizada?

Me gustaría que en este proceso hubiera una voluntad de revisión y de cambio del modelo alimentario, es una cuestión central. Subrayar la importancia de una fuerte distribución del pequeño campesinado por todo el territorio, que es el que está cerca de la gente, el que alimenta y el que cuida el entorno y debería poder gestionar la tierra. Es fundamental para garantizar nuestra

soberanía. Esto es lo que me gustaría, y que este despertar viniera en forma masiva por parte de toda la población y de todo el sector agrario. Tengo clarísimo que no vendrá de la clase política, sino del pueblo. Esta revuelta ha de nacer de la gente y la deben construir y llevar a cabo las personas que finalmente vivirán en estos espacios.

### ¿Qué aporta, qué nos da, qué esconde, qué es necesario revalorizar de la actividad cultural y artística del ruralismo para nuestra forma de habitar el mundo?

Mira, en el libro hablo mucho de arraigar. Para mí la cultura tiene un papel fundamental en este hecho. Es necesaria no solo para mejorar nuestro bienestar, tejer vínculos, inspirarnos y reforzarnos la autoestima, sino también debe ir vinculada a cosas que van más allá. Enraizar ahora ya no es importante solo para construir una identidad, sino también para proteger un bien mucho más trascendente que nosotros mismos: nuestra casa, el paisaje, la tierra..., la vida, en definitiva. Debemos tomarnos el tiempo necesario para cultivar los sentimientos que nos vinculan con el lugar. Se trata de crear afectos que den sentido al hecho de formar parte de algo que está por encima de nuestra individualidad. La creatividad y el arte nos dan herramientas, desde el juego, para saber encararlo sin tanta gravedad.

Revista SABC

«La sensibilitat no és un defecte. De fet és una de les més grans fortaleces de les persones que volem construir societats més justes. Hem de perdre-li la por. Ser sensibles és el que ens fa estar obertes a sentir el dolor del món i, per tant, a voler fer alguna cosa per resoldre-ho».

Mariana Matija, citada al comienzo del libro de Vanesa.

# ATERRIZAR EN LA TIERRA Y LOS CUERPOS

## CLAVES ECOFEMINISTAS PARA REHABITAR LA TIERRA

Llamamos crisis ecosocial a la constatación de que la economía, cultura y política hegemónicas se han desarrollado en contra de las bases materiales que sostienen la vida. Los ecofeminismos son un conjunto de prácticas y conocimientos que proponen formas alternativas de reorganización, de nuevo, económica, cultural y política, que puedan recomponer los lazos rotos entre las personas y con la naturaleza.

El punto de partida de la transformación que propone el ecofeminismo es la consciencia de que la especie humana vive encarnada en cuerpos que son vulnerables y finitos, que tienen necesidades (refugio, alimentación, sentido de identidad y pertenencia, cuidados o energía). Si estas necesidades no están cubiertas, la vida es inviable o precaria.

Todas las personas somos seres interdependientes y no podemos sobrevivir si no existen procesos sociales que garanticen la reproducción cotidiana de la vida. Han sido y son mujeres, mayoritariamente, quienes, a lo largo de la historia, se hacen cargo del bienestar cotidiano y de las necesidades específicas en cada momento del ciclo vital. No porque sean las únicas capaces de hacerlo, sino porque lo impone la división sexual del trabajo propia de las sociedades patriarcales.

Además de interdependientes entre nosotros, todos los seres humanos y la especie en su conjunto vivimos insertos en una trama de la vida formada por aire, agua, tierra, animales, plantas, microorganismos, bacterias... Es la interacción entre todos esos elementos la que crea y mantiene las condiciones biofísicas que hacen la vida posible. Somos también, por tanto, ecodependientes.

### La fantasía de unos pocos

Ningún ser humano puede vivir sin interactuar con la naturaleza. Sin embargo, la sociedad occidental se ha construido sobre la peligrosa fantasía

de no depender de ella. Solo unos cuantos individuos —mayoritariamente hombres, aunque también a veces mujeres— pueden vivir como si flotasen por encima de los cuerpos y de la Tierra. Lo hacen gracias a que, en espacios ocultos a la economía y a la política, otras personas, tierras y especies se ocupan de sostenerles con vida. Son una minoría, pero la política y la economía se han organizado como si ese fuese el sujeto universal.

Invisibilizar las relaciones de eco e interdependencia ha llevado a crear una cultura de muerte que ejerce la violencia precisamente sobre aquello de lo que se depende. Una cultura que ha denominado desarrollo a devorar a toda velocidad tierra fértil, bosques, minerales, animales, plantas y seres humanos y a excretar contaminación. Por el camino se produce dinero y, como subproducto, se cubren algunas demandas humanas —o, a veces, solo deseos— de forma extremadamente desigual. La sacralización del dinero conduce a que las personas crean y sientan que necesitan dinero y no alimentos. Así se asienta una cultura del sacrificio. Todo puede ser sacrificado si el objetivo es que la economía crezca.

### La agricultura de guerra

La mirada ecofeminista permite tomar conciencia de oposición y conflicto entre el capital y la vida, y puede ayudar a reconfigurar la lógica política y económica. Vandana Shiva llama la atención sobre el hecho de que la agricultura

Fiesta del día de Jeva, Villanueva de la Concepción, Málaga. Reúne a distintas pandas de Verdiales, folclore popular alegre vinculado con la tierra y el campesinado.  
Foto: Eliezer Godoy



28 industrial no se basa en la comprensión del funcionamiento de los procesos vivos que se dan dentro de un agroecosistema y denuncia que se basa, más bien, en el uso de un conjunto de productos literalmente creados para la guerra. Se apoya en insumos que fueron diseñados y pensados para matar gente.

Si señalásemos en el mapa del mundo los lugares en los que se viven guerras, veríamos que en la mayor parte de ellos está en disputa el control del territorio, de los minerales, la energía o del agua. Ejércitos, mercenarios y corporaciones se enfrentan a poblaciones que intentan oponerse a proyectos extractivistas. En nuestros propios territorios, como sucedió en las colonias, la calificación de vacío o la idea de lo nuevo justifica el ejercicio de la violencia y la transformación del territorio para la extracción de beneficio.

### La agricultura de las comunidades

En cambio, la agroecología tiene en cuenta la interconexión entre los procesos que tienen lugar en el mundo vivo y destaca el protagonismo que tienen las personas campesinas, que son las que saben interpretar e interactuar en ese espacio de complejidad. A escala mundial, las mujeres se ocupan, entre otras cosas, de organizar y suministrar alimento y nutrición. En muchos lugares, son las productoras de la alimentación local, aunque la economía convencional no las considere productoras porque sus productos abastecen comunidades y no mercados. En todo el mundo, se hacen cargo de lo que la gente come.

Un aterrizaje forzoso en la tierra y en los cuerpos, obliga a promover una cultura de la suficiencia, a apostar por la relocalización de la economía, al establecimiento de circuitos cortos de comercialización y a reconstruir dinámicas colectivas que respeten los proyectos vitales de quienes las componen.

Las visiones ecofeministas sobre la agricultura parten de la convicción de que los seres humanos han de cooperar con la trama de la vida, convirtiéndose en coproductores junto a ella. La propuesta ecofeminista supone un cambio radical en la noción de poder. Recupera la visión de la comida y el alimento como fuente de nutrientes y no como mercancía. Apuesta por el fortalecimiento de las comunidades locales y la reapropiación de los conocimientos que ha servido para preservar la biodiversidad y la *ideodiversidad*. Por ello, promueve un conocimiento agronómico basado en la reciprocidad y una idea de riqueza basada en los lazos comunitarios.

En un planeta con límites, ya sobrepasados, en el que la contracción de la esfera material de la economía global es inaplazable, la transformación cultural y económica es urgente. Puede producirse mediante una lucha violenta por el territorio y los recursos o mediante un proceso equitativo de reajuste decidido y anticipado. La autonomía y la libertad conscientes de la interdependencia y ecodependencia son cuestiones que las miradas ecofeministas pueden iluminar.

Yayo Herrero

Antropóloga y activista ecofeminista



DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS

Revista SABC

# Volver a habitar los cuerpos

CONVERSATORIO

Como se dice en León, nos juntamos en calecho a conversar con cuatro personas que viven en comunidades rurales particulares donde, de una u otra forma, se practican nuevas formas de convivencia y relaciones. Queremos conocer su día a día, sus retos y sus motivaciones

**Alba Muñoz:** Yo habito en El Calabacino (municipio de Alájar, Huelva), un conjunto de aldeas diseminadas en la sierra Morena, cerca de Portugal. Se despobló en los cincuenta y volvió a repoblarse a principios de los ochenta. Llevo aquí nueve años, soy relativamente nueva. Vivimos un centenar de personas, con muchos niños. Concibo El Calabacino como una familia grande, de muchas familias. Cada cual vive en su espacio y a partir de ahí vamos haciendo.

**Mauge Cañada:** Formo parte de Arterra, un grupo de unas 40 personas que convivimos en un antiguo colegio de 8 000 metros cuadrados y que desde hace 10 años estamos rehabilitando en Artieda (Navarra). La soberanía alimentaria es un pilar y tenemos unas 6 ha de terreno propias, cedidas y de comunal, con huerta, frutales, animales... Tenemos la oficina de la red europea de ecoaldeas en Arterra y esto nos permite estar conectadas con proyectos muy diversos.

**Matías Ruiz:** Soy de las Alpujarras. Junto con mi compañera, llevo el proyecto agroecológico Casa Farfara, con el que nos ganamos la vida. Vinimos a Almócita (Almería) porque hace unos años el alcalde nos ofreció un espacio para participar en la comunidad. Nos pareció muy interesante el movimiento de transición que se está dando en el pueblo, donde somos unas 150 personas viviendo y muchas en cola que quieren venir, pero no hay viviendas disponibles.

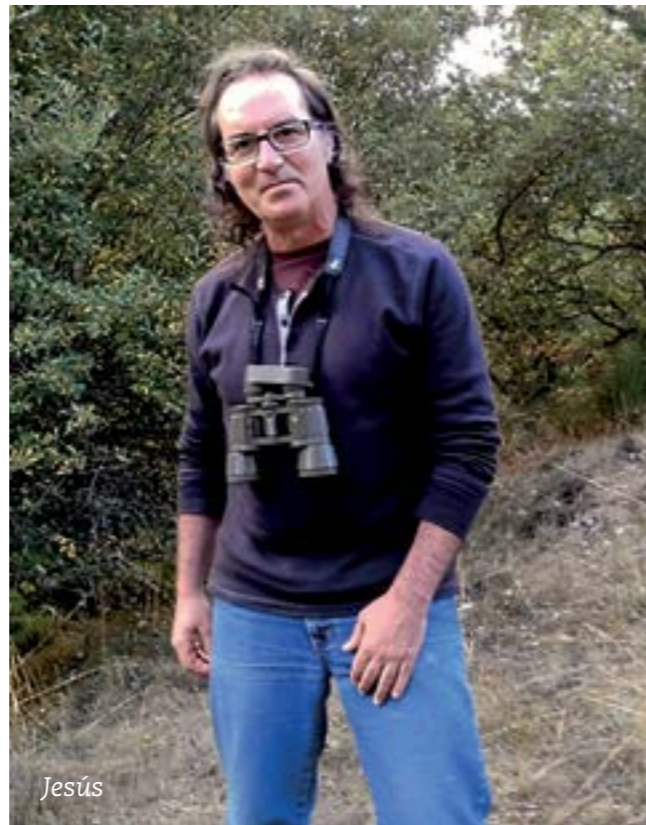
**Jesús M. Albarrán:** Habito una pedanía de la montaña de León, Ariego de Arriba, en la comarca de Omaña, donde llevo 9 años siendo alcalde pedáneo. Somos 15 habitantes censados y algunos más no censados. Estamos intentando que funcione el concejo y mantener la gestión comunal de unas 250 ha de bosque y pasto y del agua, aunque el concejo es mucho más, también manejar los conflictos por las diferentes visiones que tenemos.

**El consumo, el individualismo, la dominación sobre la naturaleza..., llegamos ahí con lo que se conoce como «modernidad»; pero, si vamos para atrás, encontramos una forma diferente de mirar y de habitar. ¿Por qué se desprecia mirar atrás? ¿Por qué cuesta admitir que hay mucho de lo antiguo que reivindicar?**

**Jesús:** Creo que es importante reivindicar la pre-modernidad. La modernidad, que se presentó como lo equivalente al progreso, arrasó con las formas de vida tradicionales y ha añadido una complejidad brutal a las necesidades humanas. Los pueblos ya no son sociedades homogéneas, donde todos van a una y es mucho más complicado tomar decisiones en colectivo y sobre lo colectivo, a no ser que delegues en políticos. Nosotros intentamos no pervertir esa tradición de la que venimos, resistir en ella pero adaptarla. No se trata de replicar de manera nostálgica lo de otro tiempo y contexto, sino hacerlo porque tiene valores y modos de vida que aportar a esa sociedad que queremos. No hay que ir tan lejos para construir una manera de entender diferente.

**Matías:** A mí, a la hora de pensar en el pasado, me gusta más ir a lo práctico que a lo filosófico. Me acuerdo de cuando yo era chico en la Alpujarra, las casas estaban llenas y teníamos comida para todo un año: higos, almendras, el atroje con trigo y maíz, el horno donde se amasaba el pan, la tinaja con el aceite, la cuba con el vino, las patatas, la cuadra debajo de la casa, con los animales, conejos, gallinas... Yo creo que la modernidad, o como lo queramos llamar, se ha llevado esa autonomía, ahora somos tremendamente dependientes. Pero, hoy por hoy, si hubiese una crisis alimentaria, aquí la gente pasaría hambre. Creo que la gente neorural que llega a los pueblos trae las ideas de la ciudad, que, como yo la entiendo, es un gran estómago que consume y consume. Hay una desconexión brutal de la tierra.

**Mauge:** Hay saberes y maneras de entender la vida y el mundo que es importante rescatar e integrar, como esto que nombra Matías, saber vivir y gestionar desde lo pequeño. En los pueblos permanece todavía. Yo llevo tantos años siendo neorural que ya debería ser rural, pero no me atrevo a decirlo. Ahora bien, para mí hay veces que lo tradicional es un peso cultural tremendo. En parte, la vida estaba configurada en ese equilibrio también porque no había otras posibilidades. Hoy sí las



No hay que ir tan lejos para construir una manera de entender diferente.

hay y, por la cultura en la que estamos, elegimos esas formas dependientes y depredadoras. Yo me considero idealista, quiero encontrar otra forma de vivir y en Arterra nos vemos más como laboratorio de futuro en el medio rural que como apasionada bandera de lo tradicional. Del pasado no solo pesa el machismo, sino algunas de las relaciones con la tierra, como la dominación de los sistemas naturales. Hay más cosas que hay que reformular: la gobernanza, la integración, las necesidades... No me sitúo ni en lo antiguo ni en lo moderno, sino en romper las esclavitudes de lo moderno, como que la gente llegue al campo y quiera tener todo lo que tiene en la ciudad. O que vengan a «relajarse».

Mejor que no vengan, porque aquí no paramos nunca. Que vayan a un balneario.

**Alba:** Estoy muy de acuerdo con tener la conciencia abierta a adaptar lo tradicional y con la necesidad de transformar o integrar ciertos conceptos. Según lo que yo vivo en lo cotidiano, me parece importante esa reivindicación de vivir en la tierra para conectar con la esencia del ser humano. Esta forma de neoruralismo consumista me despierta la necesidad de entender cómo nuestros antiguos podían ver la conexión directa con la tierra, con los ciclos, con la autogestión..., sabían cuándo tocaba cada cosa. Viviendo en el monte puedo observar la dependencia y la necesidad imperante de volver a poner las manos en la tierra, volver a poner en práctica estas ideas y conciliar los conocimientos: las prácticas que nos hacían ser humanos, la mirada colectiva. Aun viviendo en el campo hemos mamado el individualismo y retomar esa mirada colectiva me parece un gran reto y una misión.

**Esas dificultades de pensar en colectivo, ¿pensáis que son diferentes en comunidades de afines que de no afines? ¿Es el municipalismo una herramienta interesante para vosotras en este sentido?**

**Mauge:** Nosotras vivimos las dos situaciones, espacio de afinidad en casa y de no afinidad en el pueblo. En nuestro caso llegamos muchas neorurales de golpe y eso impactó en la comunidad autóctona, Artieda, un pueblo con unos 160 habitantes. Curiosamente, ahora cuatro personas de Arterra

estamos en el gobierno municipal y esto generó mucho revuelo, pero entendemos que este papel responde a intentar alargar la comunidad y responsabilizarnos del espacio en el que estamos. Esto ha hecho que se rompiera la dinámica de que siempre gobernaran dos familias. Choca nuestro planteamiento de que todo lo que surge lo hablamos y nos comunicamos. Está siendo interesante pero intenso, por eso agradecemos tener la comunidad de afines en casa.

**Matías:** Aquí en la Alpujarra hay un dicho: «No importa quedarme tuerto si el vecino se queda ciego», y esa realidad existe. En Almócita, de todas formas, creo que se están haciendo las cosas bastante bien, es un pueblo que acoge a todo el

En Arterra nos vemos más como laboratorio de futuro en el medio rural que como apasionada bandera de lo tradicional.





que viene. Y creo que en esto tiene mucho que ver cómo se ha enfocado el proyecto de transición desde el propio ayuntamiento. En ese sentido, una de las iniciativas es el Foro de Almócita, un foro vecinal en el que suele participar todo el pueblo y donde se exponen los problemas. Luego hay otro foro que a mí me parece el más importante: las mujeres se juntan todas las mañanas en la plaza a tomar el té, y ese es el mentidero más auténtico de todas las Alpujarras. Es más, si hay algún conflicto que se quiere evitar, lo ideal es pasarlo por ese foro, que no tiene programa ni está institucionalizado. Y a partir de ahí se hace municipalismo y se hace pueblo.

**Alba:** Yo vivo en un espacio con cinco familias y en lo cotidiano sí vivimos de modo comunitario, tenemos huertas comunes, gallinas, actividades, animales, vamos aprendiendo. Pero el modelo del Calabacino tiene la particularidad de que hay mucha diversidad de perfiles. Los motivos que nos han traído a vivir a la montaña son diferentes. Hay personas más conectadas con la naturaleza y otras que vienen del mundo del arte o de la música. Por eso ha habido mucha independencia, aunque siempre con gestión común, que ha tomado más fuerza hace unos 8 años, a partir de un incidente que hizo que se generara cohesión en la aldea y empezáramos a trabajar en la sociocracia. Comenzamos a tener también situaciones de intergeneracionalidad: hay nuevas generaciones nacidas aquí que a su vez tienen hijos y todo esto genera retos. Además, los primeros que llegaron ya tienen más de sesenta y hay grupos de ayuda para ir al pueblo, cargar el burro... La aldea del Calabacino está a 15 minutos caminando, solo se accede a pie y eso provocaba una separación con el pueblo. No fue hasta hace relativamente poco cuando empezó la integración. Ahora que estamos recuperando las conducciones antiguas que hacían que el agua llegara a todas las huertas y al uso doméstico, hemos conectado mucho con la gente del pueblo de Alájar, hay otra relación que ha necesitado tiempo, desde principios de los ochenta hasta ahora. Y también hay vecinos que participan en el ayuntamiento.

**Jesús:** Aquí mantenemos, por suerte, un grupo de afinidad a partir del cual intentamos que nadie se quede atrás, ni al margen, ni se sienta derrotado. Los comunales funcionan porque se gestionan temas importantes como los pastos, la leña, el agua, pero también la preocupación de cómo hacerlo bien y transmitirlo a los más jóvenes; eso intentamos cuidarlo mucho. A diferencia de lo que

cuentan Matías y Mauge, el municipalismo a veces lo hemos entendido como una amenaza porque mantenemos una distancia y una independencia del ayuntamiento. Aquí los ayuntamientos vinieron mucho después de los concejos y las juntas vecinales, entonces aquí son otra cosa, es un nivel superior de administración y la gestión municipal la hemos visto siempre con recelo.

### La «comodidad» es otro paradigma en el que estamos situadas las sociedades modernas. Pero ¿no será que la vida hay que vivirla en su «dureza»?

**Mauge:** Hay una parte de la dureza de vivir en el campo que a veces no se nombra, lo que supone en lo corporal. Pones el cuerpo todo el día. En la ciudad el cuerpo simplemente te sigue. Nosotros en el trabajo con la tierra no estamos muy mecanizados, así que ponemos el cuerpo en la huerta, en los animales, en la crianza, en cuidar a los mayores... todo esto es el cuerpo. Y hace falta ser comunidad para no dejarse el cuerpo. Para mí, esto es algo que la vida rural necesita transmitir al resto, a ese mundo urbano que deshhabita los cuerpos y la capacidad de hacer y sentir a través de ellos.

**Jesús:** A lo mejor es que lo importante no es que la vida sea cómoda o dura, sino que sea plena. Retomando lo que decía Mauge, claro, es que en el campo solo tenían las manos. En comunidades pequeñas, inviernos duros, montaña..., la única forma de salir adelante era en colectivo, así se constituyó la colectividad y el comunal, basados en la confianza y en el conocimiento. No había otra. En cambio, la sociedad de mercado está basada en el individualismo, que es lo que nos está condicionando. La sociedad capitalista genera desconfianza de manera natural, del diferente, del vecino, de los que llegan nuevos... En el pueblo era todo lo contrario, puertas abiertas, tender la mano a quien no conoces, la costumbre de levantarse y ver si están funcionando las chimeneas, esos detalles, esa preocupación por el prójimo. Tenemos que resistir en estos valores y contraponerlos constantemente.

**Alba:** Me ha gustado mucho lo que decía Mauge, en el campo la vida te atraviesa en el sentido bonito de poder habitarlos. En el proceso de deshumanización en el que estamos, ya no nos enteramos de que hace frío porque simplemente enchufamos la calefacción. No tienes que salir a por leña y que esté lloviendo y mojarte. Esto es algo que reivindicar, transmitir esa belleza de conectarse. Yo me lo tomo como una misión con mis hijos; por



ejemplo, cuando llueve a chuzos y tienen que bajar a la escuela media hora caminando por el monte; siempre llegan llenos de barro, pero sienten cómo está el día, lo que necesitamos. No es montar en el coche y aparecer en otro edificio, sino recorrer un camino con tu propio cuerpo y saber que ese camino tiene un propósito. Llegas de otra manera. Yo intento acompañarlo habitando desde esa conciencia de saber que estamos aquí porque es importante.

### ¿Cómo convivís en el día a día? ¿Cómo se manejan las diversidades y la interculturalidad?

**Mauge:** Nosotros como grupo tenemos orígenes diversos, aunque la mayoría somos blancos y europeos, pero hay personas con capacidades diferentes. Hay determinados aprendizajes que se dan al vivir con personas con necesidades muy específicas que te contrastan todo el tiempo con la idea de «normalidad», te retan a nivel personal y como comunidad. En el pueblo hay un tema muy presente: las mujeres de origen latinoamericano que vienen a cuidar. Están en un lugar muy marginal, participan muy poco. Este perfil lo veo en muchos pueblos y están muy invisibilizadas. Hay ciertos racismos que explorar y confrontar, y también que asumir. En nuestro valle la extrema derecha no tiene mucho impacto, pero algunos de sus elementos pueden estar presentes, y esto no solo se manifiesta con la presencia de diferentes, sino en

En el proceso de deshumanización en el que estamos, ya no nos enteramos de que hace frío porque simplemente enchufamos la calefacción.

el mantenimiento de privilegios, incluso habiendo una legislación de comunales hay sesgos. Existe acaparamiento de privilegios, como en cualquier parte, pero en el campo es más directo, también es un cuerpo a cuerpo. En el medio rural ahora mismo confluyen muchas transformaciones y avances, pero no hay un relato de futuro esperanzador y eso es un caldo de cultivo donde cierto tipo de ideologías prosperan.

**Matías:** En esta comarca los sesgos se ven más desde la política: si ella es de un partido, yo voy con el otro. Se suele hacer la guerra de esa manera. Los conflictos son profundos, muchos tienen que ver aún con la guerra civil. Pero en Almócita la convivencia es muy estrecha. Se intentó hacer un cohousing y no funcionó, pero fue porque el verdadero cohousing es el pueblo. Basta con retomar las costumbres solidarias de antes, que se hacían por necesidad, pero se hacían. Aquí si una vecina necesita algo, si hay que llevarla a Almería, hay un grupo de WhatsApp y nos echamos una mano entre todas. Todo esto es lo que hizo que me gustara mucho la idea de participar en este modelo de transición. Creo que para el futuro va a ser imprescindible este modelo: o nos organizamos en comunidades o nada.

**Alba:** En El Calabacino hay orígenes diversos, pero muchas personas del norte de Europa y algunas de Sudamérica. Son personas que viajando han llegado aquí por decisión propia. En la aldea hay bastante integración y escucha y no hay

Se intentó hacer un cohousing y no funcionó, pero fue porque el verdadero cohousing es el pueblo.



Matías

problemas, aunque sí hay una especie de lucha de poder de las personas más antiguas cuando escasean los recursos más vitales, como el agua en verano, pero conseguimos hablar y llegar a un acuerdo. En el pueblo, en zonas de serranía, sí se ve lo nuevo como raro y se ha necesitado mucho tiempo para abrirse. Ha habido un camino para que los niños sean todos iguales en la escuela y para que nos sentemos a merendar con la asociación de mujeres y traigamos propuestas. Una vez que se abren, abren con corazón, aunque siempre hay ese ocultismo. Tienes que sentarte mucho rato para que te transmitan cómo se hacen las cosas.

**Jesús:** La gestión comunal da trabajo, pero da satisfacción. Y parte de esa satisfacción son las relaciones. Hay prácticas que van un poco más allá y permiten que nos conozcamos, que tengamos valores que compartir y seamos partícipes de la dirección que lleva el pueblo. Sociológicamente está la gente que ha hecho su vida entera en el pueblo, los que viven en la ciudad y vienen de vez en cuando, los nuevos (algunos refugiados climáticos), los que no vienen nunca, pero tienen propiedades... Todo esto lo hace complejo, pero le añade interés. Los que estamos ahí buscamos los consensos y trabajamos para que todo el mundo se sienta parte.

**Mauge:** Para mí lo más importante sigue siendo que el medio rural nos permite, a pesar de todos los límites, tener mucha más fuerza para decidir cómo queremos vivir. Esa relación tan directa con la propia realidad, sin tantas intermediaciones y filtros, te proporciona ese espacio de posibilidad

ilimitado. Aprender a crecer con los límites del planeta es el desafío, pero en el campo podemos hablar de una creatividad ilimitada, de encontrar ilimitadas formas de llevar esto a cabo. Cualquier futuro va a pasar por la tierra y por reaprender de los saberes antiguos transformados por elementos actuales. El futuro es nuestro cuando los cogemos con las manos.

Revista SABC

### Otros fragmentos de la conversación

«¿Dónde están las ciudades? Las ciudades están en el campo, en un campo avasallado, desgarrado, oprimido por una ciudad. La ciudad es campo y volverá a serlo. Hemos creado una ficción de una vida urbana alejada del campo y ahí se genera esa desigualdad. El campo es todo, aunque lleve una capa de asfalto encima», Mauge.

«Yo participo en Ecologistas en Acción y tenemos la costumbre de ir a recoger latas todos los sábados. Yo nunca voy. Creo que lo que hay que hacer es decir que no se comprenden, y así no habría que recogerlas», Matías.

## EN PIE DE ESPIGA

Isabel Vara Sánchez

# LAS UNIVERSIDADES Y SU PAPEL EN LA DIFUSIÓN DE FALSAS SOLUCIONES

La visión de mercado que impregna hoy las universidades, a costa de mermar su libertad, queda claro que se va imponiendo. Adaptarse a los imperativos empresariales e institucionales puede ofrecerles algunas supuestas ventajas, como la financiación, pero implica disminuir su capacidad de indagar y plantear preguntas que aporten miradas críticas a problemáticas complejas.

« Durante las últimas décadas todas hemos visto cómo las universidades iban entrando, tal y como observan las profesoras Maggie Berg y Barbara K. Seeber,<sup>1</sup> en un proceso de “corporativización” en el que el nexo entre la universidad y la empresa es cada vez más estrecho. Las universidades se alejan de su compromiso con el saber, la participación y la acción, con la libertad y el pensamiento crítico, y se someten a la idea de que estudiar debe servir para algo —como si lo mencionado no sirviese para nada— y ese algo es generar trabajadoras eficientes y productivas para un mercado altamente tecnificado. Este pensamiento no solo influye a la hora de encauzar los contenidos docentes, sino también a la propia carrera académica, al someterla a los principios de productividad y rentabilidad que marcan la economía de mercado.

La centralidad del mercado, la obsesión por la eficiencia y la producción, la competitividad y el currículum por competencias (que es un modelo educativo basado en el desplazamiento de los saberes que prioriza la asimilación de un conjunto de capacidades y habilidades funcionales al mercado laboral inserto en la economía capitalista) son ya esferas habituales en la vida universitaria.

También lo son las cátedras universidad-empresa que, con poco pudor, anuncian las propias universidades públicas y el mismo gobierno central como colaboraciones que ofrecen a las empresas un acceso directo a los “recursos humanos” e infraestructuras de la universidad para desarrollar formaciones, investigación, desarrollo y transferencia de conocimientos en áreas de interés común. La universidad lo toma como una oportunidad para sí misma que le va a permitir, además, acceder a financiación extra con cierta continuidad (mientras duren los acuerdos), a intercambio de personal (puertas giratorias) y a explotación comercial de los resultados (prestigio y dinero). Estas “ventajas” son congruentes con esa visión de mercado que impregna hoy las universidades, aunque merme su libertad, al adaptarse a los imperativos empresariales e institucionales y permitir que disminuya su capacidad de indagar y plantear preguntas que aporten miradas críticas a problemáticas complejas (en pos de la necesidad, entre otras, de tener resultados publicables que explotar y que reproducen la meritocracia).

### Situación insalubre

El mundo universitario así conformado nos lleva a diversos estados insalubres. Por un lado, afecta a la salud mental y física de profesorado, estudiantes e investigadoras. Son conocidos los síntomas físicos y psíquicos relacionados con el

1. Berg, Maggie y Seeber, Barbara K. (2022): *The Slow Professor. Desafiando la cultura de la rapidez en la academia*. Universidad de Granada.



Estudiantes de Ciencias Ambientales pensando sobre agroecología junto a los proyectos de su entorno. Realizan una visita, comida conjunta y evaluación de la asignatura. Destacaron la apertura y el imaginar otras formas de aplicar los conocimientos curriculares a los procesos vitales. Foto: Isabel Vara Sánchez.

estrés (dolores corporales, depresión, ansiedad, trastorno de las emociones, etc.), el aumento de medicación y apoyo psicológico o psiquiátrico en la vida universitaria. El placer y el disfrute del estudio, la resolución de problemas, el diálogo y el acercamiento a realidades amplias y diversas casi se puede considerar anecdótico.

Por otro lado, la salud social se ve afectada en términos de desvinculación, desconexión, realidad sesgada, mirada somera y falta de tiempo para la reflexión profunda. Esta progresiva lejanía tensiona el vínculo universidad-sociedad y refuerza una educación universitaria cada vez más tecnificada y tecnológica. Martha Nussbaum,<sup>2</sup> filósofa estadounidense, plantea que el empobrecimiento cultural y la tecnificación de las universidades produce un determinado tipo de ciudadano, alguien que adquiere capacidades específicamente orientadas a la obtención de renta y la estandarización.

2. Martha Nussbaum desarrolla estas ideas en obras como *El cultivo de la humanidad una defensa clásica de la reforma en la educación liberal* (2005) y *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades* (2010).

En un mundo altamente complejo y con altos niveles de incertidumbre (el calentamiento global, la distribución injusta de los alimentos o los desequilibrios geopolíticos, por ejemplo), diverso en su multietnicidad y multiculturalidad, en las diversidades relacionales y sexuales y en las formas de habitar el mundo, son necesarias personas que reconozcan y valoren la riqueza de estas diferencias, personas que trasciendan el reduccionismo y que integren las diferentes cosmovisiones a la hora de imaginar mundos más vivibles, más empáticos y más democráticos o incluso, más libertarios. La educación crítica y transformadora es altamente defendible y necesaria para poder generar otro tipo de ciudadanía, no al servicio del capital, sino al servicio de la libertad y la humanidad.

La universidad, como una institución social que aún mantiene un papel de garante de autoridad epistémica o sobre el conocimiento y conserva, en diversos grados, su prestigio como valor social se puede convertir —y se convierte— fácilmente en un instrumento de reproducción de la hegemonía y el poder de las clases más privilegiadas, con una mengua preocupante de su capacidad crítica,

especialmente cuando se trata de cuestiones relacionadas con la injusticia, la supresión de las diversidades o la violencia hacia la naturaleza. Tal y como Díaz Salazar<sup>3</sup> advierte, «no puede ejercer sus roles de enseñanza e investigación al margen de la estructura de clases y de los grupos de poder y económico, político e ideológico que configuran la estructura socioeconómica de la sociedad». Esta es una condición a la que, en la práctica, apenas se está prestando atención. Si apartamos la mirada de esta cuestión nuclear y la focalizamos en que el problema es que la universidad no está preparando a las personas para su salida al mercado laboral (lo que es visto, según la lógica capitalista, como un problema de disminución de utilidad social de la universidad), lo que observamos es la aplicación de un conjunto de correcciones que se concretan en generar un currículo académico a través de competencias, en estudiar e investigar para las empresas y en otras delicias mercantiles, como la privatización del conocimiento. Solo con asomar un poco la nariz por la puerta universitaria nos encontramos investigadoras cada vez más quemadas, profesorado acrítico inmerso en gestión y burocracia, estudiantes con ansiedad, apatía, desánimo y desconectados del aprendizaje profundo, debido a la omnipresente memorización de los contenidos. Podemos intuir que todo esto son síntomas de la ruptura y la quiebra de las personas que educan y se educan en este sistema en el que se aplica un paradigma de investigación y enseñanza instrumental dirigido a la utilidad funcional y no a acercarse a las verdades que las realidades contienen.

### Una universidad que genere ciudadanía crítica transformadora

Si la enseñanza y la investigación universitaria actuales tienden a producir personas humanamente quebradas, tecnificadas y estandarizadas, ¿no sería eso una tragedia? Perder la habilidad de pensar críticamente, de examinarnos a nosotras mismas, de respetar la humanidad y la diversidad de otros, en palabras de Nussbaum, sería catastrófico para la sociedad en general y, en concreto, para la soberanía alimentaria, la transformación

3. Sobre la cuestión de una universidad emancipadora coherente con el cambio ecosocial reflexiona Rafael Díaz Salazar en su artículo ¿Reproducción o contrahegemonía? ¿Puede contribuir la Universidad al cambio ecosocial?, en *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 130, 2015, pp. 13-26.

de los sistemas alimentarios hacia la agroecología y para el cambio social, tecnológico e institucional que acoge a la agricultura y a la alimentación. Los escenarios de vulnerabilidad e incertidumbre por los que transitamos (también los de las propias personas) necesitan de personas entusiasmadas con un tipo de pensamiento organizado, reflexivo, crítico y propositivo, capaz de imaginar y reconocer a las otras (personas y otros seres vivos).

En cambio, los planes de estudios en los grados y posgrados de agronomía en las universidades españolas están muy atravesados por cuestiones como la gestión, las técnicas, la fundamentación técnica, la industrialización, el control, los tratamientos, la ingeniería, las mejoras, las instalaciones, la producción o la economía, entre otras del estilo. Apenas hay asignaturas de humanidades en los seis años que dura la formación habilitante. Sin humanidades, ¿cómo se va a humanizar? Ya hemos visto que el conocimiento técnico no es suficiente para comprender realidades complejas y para reconocer el conocimiento, las habilidades y la mirada de otras (las otras campesinas, indígenas, agricultoras, ganaderas, pescadoras, las que comen —especialmente las que comen mal—, ecologistas, antiespecistas, migrantes, *queer*, etc.). Es más, para lo que pretendemos, que es transformar social, institucional y tecnológicamente el sistema agroalimentario, ni siquiera una visión crítica sin más garantiza gran cosa. Ya nos advertía Paulo Freire<sup>4</sup> de esta ingenuidad cuando decía que una percepción crítica de la realidad «no es suficiente para que los oprimidos se liberen».

No nos queda otra que comprometernos con reclamar y construir una universidad (y otras escalas educativas) que genere ciudadanía crítica, transformadora, comprometida con los múltiples saberes y haceres, con la participación y la acción; orientar la docencia, la investigación y el desarrollo de una extensión agroecológica hacia el cambio ecosocial y bien articulada con los movimientos sociales y su horizonte de emancipación y con aquellos cuya vida es afectada por los problemas del sistema agroalimentario.

Isabel Vara Sánchez

Instituto de Sociología y Estudios Campesinos  
Universidad de Córdoba

4. Toda su obra es inspiradora, especialmente *Pedagogía del oprimido*.

Adriana Espinosa González

# Industria, políticas europeas y colonialismo extractivista

Abandonar los combustibles fósiles es una cuestión de supervivencia para el planeta y para todas sus especies, incluidas la humana. También es una cuestión de justicia social. Las organizaciones ecologistas hace años que demandamos la transición energética. El problema viene cuando las instituciones públicas cooptan y pervierten el discurso ecologista para ponerlo al servicio de los intereses de la clase económica dominante.

«Esta Ley nos acercará a nuestras ambiciones climáticas», declaró la presidenta de la Comisión Europea, Úrsula von der Leyen, al publicarse la propuesta para una Ley europea de Materias Primas Fundamentales en marzo de 2023<sup>1</sup>. «Las materias primas son esenciales para la fabricación de tecnologías clave para nuestra doble transición, como la generación de energía eólica, el almacenamiento de hidrógeno o las baterías». En tanto que son «esenciales», el objetivo de este reglamento sería garantizar el suministro de estos minerales a la Unión Europea, reduciendo su dependencia de potencias como China. En otras palabras, conseguir la «autonomía estratégica» de la Unión.

«Sin minerales no hay transición», viene a decir la Comisión Europea, instando al resto de instituciones a darse prisa en adoptar la norma. Y ambas partes, los Estados miembros (reunidos en el Consejo de la UE) y el Parlamento Europeo, secundaron la idea. El acuerdo interinstitucional sobre el texto llegó en noviembre del año pasado bajo el decidido impulso del Gobierno de España, que ostentaba la presidencia española de la UE. Así concluía el que ha sido uno de los procesos legislativos más precipitados de la historia

comunitaria (acuerdo en seis meses, frente a los dos años aproximadamente que suele tardar una directiva o reglamento en aprobarse). El tema era esencial y urgente, las partes fueron todas a una, ¿dónde está el problema?

## Una ley a medida de la industria extractiva y de armamento

El primer problema es la vieja historia de la política institucional. La Ley de materias primas está al servicio de los intereses de la industria, en este caso especialmente, de la extractiva y de aquellas que procesan o utilizan materias primas minerales (por ejemplo, la industria de armamento, un fuerte devorador de minerales y metales. El reciente informe *El lobby profundo de la industria minera*, publicado por Amigos de la Tierra, revela que las empresas mineras, las transformadoras de materias primas (como automoción, producción de baterías y tecnología) y sus grupos de presión han invertido más de 21 millones de euros al año en acciones de lobby, han patrocinado actos y han llevado a cabo cerca de mil reuniones con autoridades de alto nivel de la Comisión desde diciembre de 2014 hasta 2023.

El incomparable poder económico que la industria puede dedicar y dedica a influir en los procesos legislativos da, por supuesto, sus frutos. La propuesta publicada por la Comisión en marzo de 2023 ya estaba diseñada para incluir la lista de deseos de las multinacionales. Tanto es así que



Mina de lignito en Polonia.  
Foto: Anna Uciechowska (CC BY-SA 3.0).

cuando se publicó la propuesta, el lobby metalúrgico Eurometaux (que integra a Anglo American, Boliden, Rio Tinto, Umicore, Atlantic Copper y Glencore) emitió un comunicado en el que daba la bienvenida a la propuesta e instaba a su rápida implementación.

El texto de la Comisión giraba en torno a dos objetivos que se han consolidado en la versión final: aumentar la extracción de minerales dentro y fuera de la Unión Europea y priorizar al máximo los «proyectos estratégicos», es decir aquellos destinados a extraer, procesar o reciclar (esto último con menor ímpetu) las materias primas calificadas por la norma como estratégicas.

## Rebajas ambientales e impunidad por violaciones de derechos humanos

Entre otras muchas cuestiones, la propuesta de marzo de 2023 ya incorporaba tres demandas de las asociaciones empresariales que van en la línea apuntada arriba y que han permanecido en el texto final. Por una parte, incluía que los citados proyectos estratégicos podrán ser considerados de «interés público superior», una calificación que permite que se aprueben aunque se demuestre que ocasionarán daños al medio ambiente incluso en espacios naturales protegidos.

A esta rebaja de los propios estándares ambientales europeos se suma una mayor rebaja del ya de por sí debilitado marco de los derechos humanos. Así, el texto de la Comisión establecía

que las empresas podrán demostrar su respeto por los derechos humanos mediante un sistema de certificación. Se confía así en mecanismos de autorregulación que están al margen de cualquier control público y cuya ineficacia ha sido ampliamente probada, en lugar de establecer normas vinculantes sobre el deber de las empresas de respetar los derechos humanos, así como mecanismos de justicia para las víctimas. Hay que tener en cuenta que la ley, también en sintonía con la industria, profundiza en el expolio de recursos minerales del sur global, al adoptar mecanismos para ampliar y diversificar las fuentes externas de suministro ajenas a China. Se consolida, por tanto, un cheque en blanco para que las multinacionales que extraen y procesan minerales operen en el exterior sin control alguno sobre los daños ambientales y las violaciones de derechos de comunidades y pueblos indígenas que ocasionan.

El procedimiento legislativo no hizo sino profundizar este sesgo. Por ejemplo, durante la tramitación en el Parlamento y Consejo se incluyeron en la lista de «materias primas estratégicas» el aluminio y el titanio. Este último no es precisamente clave para la transición energética, pero sí para la tecnología militar. Las infraestructuras de energía renovable sí necesitan aluminio, pero es un mineral muy abundante y se ha afirmado que en su inclusión tuvieron mucho que ver países con peso de esta industria como Francia y Alemania.

1. Propuesta de Reglamento Europeo del Parlamento Europeo y del Consejo por el que se establece un marco para el suministro seguro y sostenible de materias primas fundamentales, Bruselas, 16.3.2023, COM(2023) 160 final.

**Lo que la industria no quiere que sepas**

Rebajar los estándares sociales y ambientales se justifica en una palabra: «necesidad». La Unión Europea nos dice que la transición energética y digital disparará la demanda en los próximos años y el reciclaje no bastará para cubrirla. Habrá que hacer, por tanto, sacrificios. Al margen de todos los mitos y medias verdades que hay en este planteamiento, esta narrativa sobre materias primas se asienta en el dogma del supuesto aumento irrefrenable de la demanda de minerales.

Amigos de la Tierra, como otras organizaciones ecologistas, llevamos años demandando reducir la huella material de la Unión Europea, que duplica los límites considerados seguros y sostenibles. En concreto, según el cuadro de Indicadores de Materias Primas de la UE 2020, la UE consume un 25-30 % de la producción global de metales, a pesar de tener solo el 6 % de la población mundial.

Sin embargo, la Comisión Europea ha hecho caso omiso de las múltiples peticiones de incluir escenarios de reducción o mitigación de la demanda en sus estudios. También las ha ignorado en los procesos de consulta previos a la publicación de la propuesta de reglamento, donde la cuestión de rebajar la demanda fue relegada a un anexo escondido.

**Alternativas para una transición energética más justa y sostenible**

El modelo de transición energética planteado por la Unión Europea perpetúa y profundiza el actual sistema colonialista y desigual. Así se desprende del informe *Minerales para la transición energética y digital en España: demanda, reciclaje y medidas de ahorro*, publicado recientemente por Amigos de la Tierra. El estudio calcula cuántos

minerales harán falta en España para implementar los planes de transición energética de aquí a 2050, concluyendo, entre otras cosas, que dicha demanda superaría la fracción global de minerales que nos corresponde por nivel de población.

El informe también cuantifica en qué grado se podría reducir esta demanda si aplicamos medidas como reducir el número de vehículos privados en circulación y aumentar el transporte público, ya que determina que el coche eléctrico será el principal causante de este aumento en la demanda de minerales. También implica alargar la vida útil de las tecnologías de energía renovable (aerogeneradores, placas fotovoltaicas, etc.), de las baterías y coches eléctricos y, por supuesto, aumentar y acelerar el reciclaje de estos minerales.

Con estas y otras medidas detalladas en el informe, se podría reducir la demanda de minerales en un 34 % de media (y en un 50 % para el caso de metales como el litio) y se lograría que los metales reciclados cubriesen hasta el 67 % de esta demanda. En conjunto, todas estas medidas lograrían reducir los requerimientos de extracción primaria casi en un 50 % de media. Es decir, se reduciría casi a la mitad la necesidad de obtener minerales a partir de minas en España y en el resto del mundo.

En resumen, la Unión Europea ha presentado su nueva legislación sobre materias primas fundamentales como un elemento imprescindible para lograr la inaplazable transición energética. Sin embargo, la intención de dichas políticas no es tanto atender la emergencia climática como favorecer a la industria extractiva y servir a otros planes como a la creciente militarización de Europa. Hay propuestas basadas en ciencia y en datos que permitirían una transición ecológica más justa y sostenible. Otra cosa es la voluntad política y es que, como alguien dijo alguna vez, «pueden, pero no quieren».

*Adriana Espinosa González*

*Responsable de recursos naturales y residuos,  
Amigos de la Tierra*

*Las referencias y fuentes de este artículo están disponibles en [soberaniaalimentaria.info](http://soberaniaalimentaria.info)*



## VISITAS DE CAMPO

*Aurora Santos*

«Lo que el monte necesita es gente»

*Memorias y retos en torno a los comunes*

«La sierra era de nuestros padres y abuelos, de nuestros rebaños, de los lobos que nos los comían, del viento gallego que allí afilaba sus navajas cortantes».

*Aquilino Ribeiro, Cuando los lobos aúllan.*

**Conversatorios entre montes y leiras<sup>1</sup>**

En São Lourenço da Montaria (freguesia del municipio de Viana do Castelo, en las faldas de Serra d'Arga, Portugal), vienen dinamizándose algunos «conversatorios con gentes de la tierra», una iniciativa de *Estrume à leira* con la que se pretende generar espacios de (re)conocimiento, reflexión y dinamización en torno a lo agrario y lo rural. En la relación de las comunidades con el territorio, en su forma de aprovechamiento de los recursos, pudimos hablar de los usos y costumbres y de las prácticas y conocimientos asociados a los sistemas agrícolas y pastorales tradicionales. En estos recorridos temporales surgen también los comunes, un legado de la gestión colectiva y de responsabilidad compartida sobre aquello que es de todas.

El último conversatorio tuvo lugar en Arga de Baixo, reuniendo a quien recuerda sus montes pastoreados y a quien aún lleva su ganado y rebaños al monte. Pero ¿por qué convocar pastores y pastoras a la sierra? En un conversatorio previo sobre la gestión de montes comunales (*baldios* en portugués) en el noroeste del Minho, surgió la problemática de la desvinculación de las comunidades locales con estas tierras comunes, por lo que buscábamos entender mejor cómo había sido antes esta relación y cómo fue modificada.

1. Terrenos de cultivo de pequeña extensión.

**Del pastoreo a la floresta. Memorias de la desposesión**

En estos pueblos serranos (como en otros de Portugal), el monte fue un soporte fundamental para las comunidades y un elemento indispensable del engranaje del metabolismo agrario de entonces. El monte era lugar de uso y usufructo común, bien para el pastoreo bien de apoyo a la agricultura, esencial para la reproducción de la vida. En él pastoreaban vacas, ovejas y cabras, y en él se recogían los *matos* (tojós, brezos, carqueixas...), usados para la cama de los animales; una vez pisados y curtidos con el estiércol, generaban el abono para fertilizar los campos. El monte permitía así ampliar la superficie de tierra propicia para el pastoreo, con sus matos y pastos, a la vez que complementaba la actividad de cultivo en las tierras arables.

Todas las personas guardan memorias de los vínculos con el monte o la sierra, ya que «todas tenían ganado, unas más, otras menos, rara era la casa que no tuviese un rebaño de cabras u ovejas». Nos hablan de las dinámicas diarias y estacionales del pastoreo, de lo que se alimentaban los animales, de la convivencia de las personas en la sierra, o de la organización del trabajo mediante sistemas cooperativos, como cuando se llevaba el ganado y rebaños «a la vez» (un día una persona o familia, otro día otra). Como parte de la economía familiar se vendían cabritos y corderos,



*Mina a cielo abierto. Rawpixel.*

así como algunos productos de la *lavoura*<sup>2</sup>, «de ahí se vivía». La piel de las cabras se usaba para fabricar el *fole*, saco para transportar el maíz hasta los molinos de agua. La lana de las ovejas era hilada y tejida. Las vacas eran importantes animales de trabajo, y su leche también era aprovechada, para consumo o transformada, batida para hacer mantequilla. Las personas recuerdan el monte de otra forma, ya que «no había matorral como hay ahora». La limpieza del monte se hacía con el pastoreo de los animales, y los pastos eran más abundantes. Los *matos* que se recogían del monte también se usaban para atizar la lumbre y para el horno, «se hacían aquellas pilas de tojo para luego cocer el pan». En el invierno se recogía del monte leña, árboles viejos o leña de genista.

Llegó a haber grandes rebaños en la sierra, uno con hasta 1200 cabezas de cabras y ovejas. «Me crié con las cabras, [solo] las vendimos cuando plantaron la sierra». La creación del «Régimen Forestal» a inicios del siglo xx, y la forestación de los baldíos durante el periodo de la dictadura de Salazar, cambiaron la íntima relación que las comunidades tenían con sus montes. En los años 40, con la apertura de la carretera por los «Servicios Forestales» hacia el punto más alto de Serra d'Arga, «empezaron a llegar los guardias, orientando los trabajos y empezando las plantaciones». En 1949 transcurría ya la plantación de pino en Montaria, donde algunas personas llegaron a trabajar, sobre todo las que económicamente se vieron obligadas a ello.

Con la forestación en la sierra se prohibió la libre circulación de los animales, «no se autorizaba el ganado que iba solo». Los guardias forestales vigilaban que los animales no accediesen a las áreas plantadas, multando las infracciones. Las gentes de Arga se opusieron a la forestación, «todo el pueblo protestó, pero de poco sirvió». La plantación se llevó por delante gran parte de la sierra, sin embargo, gracias a la resistencia de la gente, se dejaron algunas franjas de pastos en las zonas bajas del monte y en las altiplanicies, que fueron cercadas y reservadas para el ganado bovino. ¿Y qué pasó con los rebaños? «¡Se fue todo!». Aunque las ovejas todavía podían pastorear en los campos y zonas bajas del monte, «las cabras fueron las primeras en desaparecer», «lo que quieren es matorral». «Se hizo obligatorio venderlas [y] empezaron a desaparecer los pastores...».

La economía de las familias se asentaba en estas tierras comunes de acceso y soporte para toda la comunidad, pudiendo satisfacer en/con ellas sus necesidades. Una vez plantada la sierra, se deja de poder llevar los animales al monte, en pastoreo libre, como siempre lo habían hecho. Se limita el área de pastoreo y el número de animales, y también la posibilidad de obtener ingresos con la venta que se hacía de ellos o de sus productos. Las personas pasan a vender su fuerza de trabajo, y el principal beneficiario de la sierra pasa a ser el Estado, que solamente deja el salario. Finalizados los trabajos de la plantación, y después los del corte de la madera, a partir de los años 60 un gran parte de población emigra, primero los hombres, más tarde también algunas mujeres. Aun existiendo otras razones para las olas de emigración y el éxodo rural, la forestación de los montes habría anticipado estos flujos.

### Vínculos que se pierden

Solamente después del 25 de abril de 1974 (fin de la dictadura), los baldíos se devuelven al pueblo, muy a pesar de que parte del pueblo ya se había ido y que los baldíos ya no eran monte sino *florestas*. «Las personas se empezaron a organizar, se hicieron unas actas para tomar posesión», refiere alguien que participó en la formación de la primera comisión de baldíos, y se optó en aquel entonces por la cogestión del baldío con

El monte era lugar de uso y usufructo común, bien para el pastoreo bien de apoyo a la agricultura, esencial para la reproducción de la vida.

los «Servicios Forestales». Las tareas de venta de la madera, plantaciones y vigilancia las siguió haciendo el Estado, quedándose con el 40% de los ingresos de la venta de la madera. La sierra ardió varias veces, y pocos son los pinos que restan actualmente. «Si hubiese más rebaños el monte estaría ahora más limpio, no habría tanto abandono, no habría tantos incendios». Arde el matorral y se pierde suelo, y «lo que más crece en Serra d'Arga es piedra». A la problemática de los incendios y erosión se añade la de las especies invasoras, introducidas por los «Servicios Forestales», desde las acacias (*Acacia melanoxylon* y *A. dealbata*) a la espinosa *Hakea sericea*. La cogestión con el Estado, aunque más ventajosa al inicio, ya que la población no contaba con medios para la gestión forestal, es dificultosa y genera descontento: «el monte está libre para las cabras, pero si quieres ir a coger un pino no lo está...», «aunque haya leña seca tienes que pedir permiso». Los problemas de gestión forestal y ambiental que hoy presentan los baldíos, aquí tan solo simplificados, son el reflejo de todo un proceso histórico. La menor presencia de personas, y su menor dependencia de los baldíos, los hizo finalmente más ajenos.

La invasión y apropiación de los baldíos por el Estado fue un golpe para las comunidades, una desposesión. Le siguieron otras —como la desposesión de los saberes y prácticas que aseguraban la relación y cultura de sostenibilidad con los territorios— durante lo que fue el proceso de modernización agraria en las últimas décadas del siglo xx, y las políticas agrícolas que le acompañaron. Frecuentemente es señalado por la gente el cierre de los puestos de la leche en las varias freguesias —y así «se acabaron las vacas»— como una de las causas de la emigración (más tardía, a partir de los años 90), y también el sentir que «la *lavoura* comenzó a no dar», con menor autonomía, «ahora hay que comprar la semilla, el abono, el herbicida, el tractor...». Se pierden los vínculos y mundos campesinos, íntima y metabólicamente conectados al territorio, y se pasa a otros sometidos a las reglas del progreso.

### Vínculos que resisten

A pesar de la realidad demográfica, de las transformaciones o del «abandono» de la actividad agraria, hay personas que se quedaron, otras que volvieron, y en los montes, en la sierra y a sus pies, el pastoreo y las *lavouras* siguen, así como la gestión de los recursos comunes. A modo de

Una vez plantada la sierra, se deja de poder llevar los animales al monte, en pastoreo libre, como siempre lo habían hecho.

ejemplo, los sistemas tradicionales de riego compartido en Montaria, culturalmente enraizados, con una forma propia de aprovechamiento y de gestión colectiva del agua, (aun) están vivos, y en gran medida porque (aun) se cultiva maíz. El riego de este cereal en verano requiere retener, conducir y distribuir el agua hacia cada *leira*. Desde *São João* a finales de agosto, las aguas «entran en cuenta», y cada casa tiene sus días, sus horas o partes del día. Antes del reparto, cada año se hacen los trabajos colectivos de limpieza y manutención de las presas y canales de riego. Quien aún cultiva maíz y, por tanto, quien aún tiene animales (y estiércol), es quien mantiene vivos los flujos de estas aguas y la organización social asociada, siendo sistemas que aun responden a las necesidades.

En el caso del pastoreo, hay quien mantiene pequeños rebaños de ovejas, pero sólo en los campos, bien porque sus pastores y pastoras ya son mayores, o porque cambiaron las dinámicas con el lobo: «las ovejas ya no pueden ir al monte, el lobo las agarra y ni nos enteramos». Son únicamente dos los pastores que aún mantienen en Montaria rebaños de cabras y las llevan al monte, dedicándose por entero a esta actividad, no ausente de dificultades. La presencia del lobo es una de ellas. Siempre hubo lobo en la sierra, pero «si hubiese más rebaños, el lobo tendría más para comer». También comentan los obstáculos burocráticos asociados a la actividad ganadera, desde los retrasos en el pago de las indemnizaciones por la pérdida de animales, a las trabas

Gustavo Duch

«La agricultura ecológica no es la solución, pero es parte de la solución»

Verdcamp Fruits, agricultura ecológica a gran escala

Visitamos Verdcamp Fruits, para conocer de primera mano un proyecto de producción ecológica a gran escala ¿Cuáles son sus reflexiones, sus planteamientos, sus propuestas? Nos atiende Ernest Mas, socio responsable de campo de una empresa que transita de la producción para la exportación a la producción ecológica para los mercados locales.

Antes de subirnos al coche para recorrer algunas fincas, Ernest inicia la conversación, como no podía ser de otra manera, a propósito de las movilizaciones de la agricultura que tienen lugar estos días en toda Europa. «Es un momento crucial, habrá un antes y un después. La cuestión es ver hacia dónde se inclina la balanza», comenta. Y, haciendo referencia al eslogan más emblemático de las tractoradas en Catalunya —*la nostra fi, la vostra fam* ('nuestro fin, vuestra hambre')—, lo corrige: «no será hambre, el fin del campesinado se convertirá en mayor dependencia de las superestructuras posicionadas en la globalización, como las grandes superficies que controlan más del 60 % del comercio. Es muy difícil ignorar este control brutal, nosotros mismos tenemos que venderles a ellos».

Y es que Verdcamp suma en total unas cuarenta fincas (en alquiler o en propiedad) que les llevan a gestionar más de 300 hectáreas, todas en producción. Están situadas en Cambrils, al sur de Tarragona, cerca del mar, protegidas por montañas y con un clima mediterráneo que les permite cultivar productos de huerta tanto en verano como en invierno.

### Del monocultivo a la autonomía

«Somos una empresa familiar», cuenta Ernest, «cinco primos que corríamos desde pequeños

por las huertas y campos de nuestros padres y que decidimos trabajar juntos, fusionados en una empresa». Esto les permitió centrarse en tres o cuatro grandes producciones bajo un modelo convencional, simplificando la gestión y el trabajo, y dedicarse cada uno de ellos a un área: agricultura, comercialización, administración, etc. «Hace unos quince años fuimos transformando la visión, antes más del 70 % lo exportábamos y, ahora, con la agricultura ecológica como modelo, producimos más de 14 referencias, de las cuales, el 70 % se venden aquí», explica. Opina que nunca podrán llegar a vender la totalidad de su producción en el mercado interno, y no porque no quieran, sino porque perciben un estancamiento en la venta ecológica. «Por un lado, estamos confundiendo al consumidor, que ve productos convencionales a granel mientras que los ecológicos están plastificados o con etiquetas que indican que llegan de muy lejos. Pero también porque parece que este no es el modelo de futuro de las grandes superficies, que han aprovechado la subida generalizada de precios para marcar precios aún más altos a lo ecológico, haciéndolos muy poco asequibles para el consumo habitual».

Ernest, con su azada, recoge un poco de tierra y nos muestra algunas lombrices. «Rompimos con el monocultivo, para mí el paradigma de la globalización. Hemos dejado atrás la mirada de antaño,



Collage de Aurora Santos

con el tipo de explotación y sus requisitos. Son las subvenciones de la PAC las que terminan determinando la dimensión y manejo de los rebaños, y son en última instancia las que mantienen actualmente la actividad agrícola y pastoril en estos lugares. También juegan un importante papel las personas mayores, que aún jubiladas insisten por gusto en mantenerse activas, cuidando sus campos, sus animales, sus *couves-galegas*. Comenta uno de los pastores de cabras que su actividad se sostiene con la venta de los cabritos y, a veces, al haber demanda, con los chivos y cabras más viejas, lo que le anima a seguir, a pesar de todo. En su opinión, y en forma de reto: «ahora lo que el monte necesita es gente, gente con coraje para

echar las cabras al monte». Un reto que retoma lo agrario como aliento de los territorios rurales y de las posibilidades de los comunes. Porque retoma ese eje vertebrador sobre el que se articulan, o se pueden reactivar, los vínculos con la tierra. ●

Aurora Santos

Estrume à leira  
[estrumealeira.wordpress.com](http://estrumealeira.wordpress.com)



Ernest Mas en las parcelas de Verdcamp.  
Fotos: Verdcamp Fruits



focalizada en el cultivo, en las plagas, en la falta de algún mineral... , también evitamos miradas reduccionistas que entienden la agricultura ecológica solo como no usar pesticidas. Hemos pasado de una visión lineal («para un problema busco una solución») a tener una mirada amplia, paisajística, esférica, holística, donde lo que nos importa es el todo y su equilibrio», nos cuenta. Para él, al final la cosecha es simplemente el resultado de esta gestión global. Explica cómo empezaron introduciendo bandas de cultivos de flores en todos los campos para atraer la biodiversidad, después intentaron reducir todo lo posible tanto las tareas de labrado del suelo como el uso de plásticos (cambiándolos por «plásticos bio» o acolchados vegetales). Los resultados productivos mejoraron significativamente. «No somos intensivos, pero somos altamente productivos», resume Ernest.

Durante las dos horas que compartimos, Ernest recibió numerosas llamadas de algunos de los trabajadores de Verdcamp. «Nos pasamos el día atendiendo mil imprevistos, pero lo fundamental de este cambio de modelo, además de estar en el lado de quienes cuidamos el planeta, es que estamos construyendo nuestra autonomía. Nos permite tener respuestas rápidas y a nuestro alcance».

### Rompiendo mitos

Según nos cuenta Ernest, la «agricultura ecológica no es la solución, pero es parte de la solución». Defiende que, además de frenar los impactos climáticos, la agricultura ecológica ofrece capacidad productiva y autonomía y alternativas, punto en el que insiste. «Con menos costes, mis producciones han aumentado», afirma. Nos cuenta que, hace 14 años, entraron en una grave crisis porque no podían acabar con el pulgón que afectaba a los campos de sandías, a pesar de utilizar y gastar mucho dinero en un sinnúmero de productos, como los neonicotinoides, perjudiciales para las abejas. En ese momento el apicultor de la zona le llamó y le dijo que el año siguiente no le llevaría colmenas porque las abejas se morían. «¿Qué estamos haciendo?, me pregunté, me arruino, mato las abejas... Ahora, solo con la incorporación de líneas de cultivos florales, no he vuelto a utilizar ningún insecticida contra el pulgón y producimos el 10 % más. Y, claro, ¡han vuelto las abejas!», cuenta orgulloso. Ahora, las colmenas ya no están en los márgenes de los campos, como antes, sino entre los cultivos. Durante el recorrido

observamos infinidad de refugios para insectos a los que, en función de su categoría, Ernest, entre risas, les llama hoteles o bungalows. También hay nidos para murciélagos.

«Lo que marca la diferencia de nuestra realidad es que hemos conseguido trabajar con técnicas ecológicas —sintrópicas o regenerativas, como también las llaman— que se pueden hacer a gran escala», resalta, señalando dos tractores que pasan por el camino con los remolques llenos de puerros. «Se rompe el mito de que lo ecológico solo funciona a pequeña escala. Pero lo ecológico por sí solo no es la solución, el cambio necesario tiene que llegar de la sociedad, la gente tiene que entender y valorar todo lo que esto significa para que se traduzca en rentabilidad económica. No conozco a ningún hortelano que se haya hecho rico, pero sí a muchos que han tenido que abandonar».

### Que se valore su función

Y, en este punto, le preguntamos qué medidas políticas se deberían plantear y por dónde empezaría. «Por un plan a veinte años basado en cálculos que nos digan claramente las necesidades para el consumo básico, saludable y nutritivo de la población de cada territorio, y por planificar la producción para cubrirlas. Para que el consumo se quede con nuestros productos deberíamos pensar en sistemas de intervención, pero nunca funcionarán si no trabajamos a fondo la concienciación de la población. Hay que romper con el desapego hacia la agricultura», responde.

Según Ernest, a los payeses les gusta mucho más que les digan «qué campo más bien cuidado» que «qué calabazas más buenas». ¿Y cómo conseguirlo? Detiene el coche frente un campo con muchas tonalidades de verde, donde están creciendo cultivos de cobertura para proteger la tierra y nos explica sus «trucos de magia»: «Aquí tenemos seis especies. La cebada, la gramínea que aportará más carbono a la tierra y que con su raíz fascicular será la que durará más protegiendo el suelo cuando se pasa el rodillo. Después tengo una facelia, que tiene una raíz pivotante, y es la que coloniza más rápido el suelo y lo cubre antes. También tengo habas que, además del nitrógeno que aportan al suelo, como todas las leguminosas, es la primera en florecer, lo que nos atraerá a los abejorros. Entremedio, mirad, esto es mostaza, con raíz pivotante con gran capacidad de descompactación, y cuyas flores amarillas llegan después

de las del haba, atrayendo a otro tipo de abejas. Y justo después se produce la floración azul de estas facelias. También hemos sembrado vicia, de raíz ramificada y profunda, que además de nitrogenar, cuando crece se enreda en el resto de las plantas y crea como una red que las mantiene firmes. Y, por último, el fenogreco, que al tener funciones alopáticas ahuyenta a algunos gusanos perjudiciales. Y lo mejor de todo es que están sincronizadas para que se complementen, se puedan planchar al mismo tiempo y se transformen en acolchado vegetal para el siguiente cultivo».

Con esta fórmula, Ernest asegura que la fertilidad de esta tierra será inmejorable y además guardan las semillas para los siguientes años. «¿Sirve explicar la magia de este juego de colores y de funciones para transmitir a la sociedad la importancia vital de nuestro trabajo? En nuestro caso, es lo que buscamos, transmitir este modelo. No solo quiero vender el producto por su calidad o sabor, quiero que se valore nuestra función, la cual tiene mucho que ver con cómo está cultivado». Aun así nos despedimos saboreando una variedad propia de calabaza de buen gusto y textura para comer en crudo, y le hacemos la última pregunta, quizás la más importante, la que más nos debería hacer pensar: ¿Y el relevo? «No lo tenemos asegurado», concluye.

Gustavo Duch

Revista SABC

### Las grandes superficies

«Si la sociedad se ha vuelto cómoda y acude a las grandes superficies a hacer las compras, nosotros proveemos a las grandes superficies, es así. Excepto en casos de contratos pactados, al final es una pieza más, con las mismas reglas de juego, las leyes del mercado. En cualquier canal puedes tener los mismos problemas. Sí que es cierto que a este tipo de comercio no pueden acceder todos los hortelanos por las cantidades que exigen, por los sellos que te piden, por la uniformidad... Así que, una vez entras, tienes una buena posición de negociación».





Paisajes de la sierra de Gata. Foto: Adrián O. Lozano.

No tengo un recuerdo nítido del campo y me pregunto por qué. Donde ahora vivo hay islas, conjuntos de árboles, la mayoría son robles, y otros autóctonos, que parecen crecer, como un ejército pacífico que triunfase contra todo mal. Son como vestigios que flotarían tras el naufragio.

Cuando tenía 13 o 14 años, mis padres, originarios de Don Benito, una ciudad pequeña de las Vegas Altas del Guadiana, decidieron invertir la herencia del abuelo materno, quien fue barbero y vaquero, en la sierra más noroccidental de Extremadura: sierra de Gata, tierra fronteriza con sierra de la Estrelha, en Portugal, y la meseta salmantina. Proyectaban, aún en pleno desempeño de sus funciones profesionales, envejecer

ahí, cerrar este proceso que comúnmente nombramos vida.

Estar ahí, en esa supuesta lejanía, parece ser hoy un privilegio. Por sencillamente estar, sentado junto a un roble, ese árbol noble, como decía el abuelo. Y me acuerdo, cómo no, de nuestro eterno poeta:

*¡Oh, laurel divino, de alma inaccesible, siempre silencioso, lleno de nobleza!*

En *Palabra de Lorca*, encuentro más sentidos por donde empezar:

*Toda mi infancia es pueblo. Pastores, campos, cielo, soledad. Sencillez en suma. Yo me sorprendo mucho cuando creen que esas cosas que hay en mis obras son atrevimientos míos, audacias de poeta. No. Son detalles auténticos, que a mucha gente le parecen raros porque es raro también acercarse a la vida con esta actitud tan simple y tan poco practicada: ver y oír... Luego, al escribir, recuerdo uno de estos diálogos y surge la expresión popular auténtica. Tengo un gran archivo en los recuerdos de mi niñez; de oír hablar a la gente.*

*Es la memoria poética y a ella me atengo.*

La palabra escrita y dicha es el vehículo a través del cual comprendemos e identificamos la realidad —o la multiplicidad de realidades— de nuestro mundo. O, a la manera de Álvaro Pombo: «La palabra es el centro de nuestra inteligencia y de nuestra convivencia». Las palabras sirven para vivir, pues con ellas no solo comunicamos, sino que construimos nuestros pensamientos y conformamos nuestra mirada. En definitiva, y parafraseando al poeta Octavio Paz, entendemos y abrazamos la palabra como un puente mediante el cual tratamos de salvar la distancia que nos separa de la realidad exterior.

Simone Weil escribió: «Echar raíces quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma

humana. Es una de las más difíciles de definir. Un ser humano tiene una raíz en virtud de su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos del futuro». Pia Pera, filósofa y escritora italiana, en *Confesiones de una aprendiz*, escribe: «Cultivar representa el primer paso hacia una forma de vida. [...] Se convierte en algo cuyo origen conocemos, algo que sabremos reproducir en caso de necesidad». Me esfuerzo en poner a conversar los libros y sus autoras. Trato de plantear preguntas. Creo, de nuevo, en el lenguaje.

\*

Vuelvo a la tierra y el sol sigue imborrable. Hay cierta luz que en septiembre parece cambiar radicalmente. Pareciera decir o transmitir algún presagio. Es obvio: la luz es trascendencia. Y junto a ella el sonido lleno y a la vez ligero, amable, complejo del campo. Me vienen unos versos de la poeta Wisława Szymborska: «Cuando anuncio la palabra silencio, / lo destruyo». Qué bonita paradoja, pienso.

«El silencio es el meollo de todo arte genuino, el camino de la abstracción, lo mínimo, la simplicidad», recupero este fragmento de *Todo lo que crece*, el ensayo de memorias lleno de jardines que escribe Clara Obligado, autora argentina exiliada



Paisajes de la sierra de Gata. Foto: Adrián O. Lozano.

en España y convecina de La Vera, nuestra sierra hermana. Sigo citando a la autora: «Los que están lejos o estamos lejos, tenemos que inventar nuestros ritos de despedida». Pienso en los que no están. Los que no pueden ser vistos ni escuchados. «El silencio es el nido de la voz», escribe el poeta argentino Lisandro Gallardón.

Y ante el silencio llegan preguntas: ¿quién nos cuenta y qué dice de nosotras?, ¿qué respondemos desde este «lugar lejano» al que pretenden condenarnos? En realidad, ¿de qué está lejos el campo, de qué se pierde un pueblo? O, como también se pregunta y proclama, en su mirada íntima y familiar al mundo rural, María Sánchez, veterinaria de campo y autora, entre otros libros, del ensayo *Tierra de mujeres*: «¿Quién es el que cuenta la historia sobre nuestros márgenes? ¿Quiénes son los que escriben sobre nuestro medio rural?». ¿Qué ocurre cuando a las personas se les arrebatada toda su identidad, cuando se les quitan sus formas de vida, sus lazos y la lengua?».

En *Todo lo que crece* encuentro más: «¿Con qué palabra puedo decir: me despierto todas las mañanas preocupada por los incendios? No hay un léxico para los desastres ecológicos, la angustia que nos provocan no tiene palabras». Y concluye: «Poner nombre es, también, una estrategia de supervivencia».

\*

Me acuerdo de un fragmento de la novela *Luciérnagas*, de Ana María Matute, que parece hablarnos: «Todas esas palabras, todas esas voces sin oírse se conocen en el balanceo de las altas ramas, en la profundidad de las raíces que buscan el corazón del mundo. Escribir es para mí recuperar una y otra vez aquel día en que creí que podía oírse crecer la hierba».

¿Te acuerdas, Leocadia, de la poesía que le saqué al pueblo?, le preguntaba Chus Lampreave a Marisa Paredes en la película de Almodóvar *La flor de mi secreto*. Recitaba así frente al paisaje manchego:

*Qué hermosa está la mañana, Leo.  
La luz del sol centellea,  
las flores dan sus perfumes,  
sus rumores, la arboleda.*

Me pregunto cuántas veces coincide la verdad con la belleza y cuántas otras no, y por qué. El

También pienso en la posibilidad de seguir conservando y salvaguardando la cultura, esta cultura, la del campo, la de la tierra, la del espacio diverso y nunca vacío de nuestras ruralidades.

viento me responde azotando las ramas y trayéndolas al texto. En contraposición con la raíz, se balancean, son flexibles. «Todo es verdad bajo los árboles», apunto este verso de Antonio Gamoneda y me pregunto: «¿Es el árbol una unidad o un conjunto? ¿Hay algo en él que elija ser la rama, la raíz, luego la flor?». Y entonces pienso egoístamente también en nosotras: «¿A qué nos aferramos para definirnos? ¿No es ese intento otra forma de ficción?». O quizá es todo mucho más sencillo, como nos hacía creer Ocaña. De nombre José, la Pasionaria de las mariquitas, pintor de Cantillana, respondía así a Jesús Quintero cuando en *El loco de la Colina* le preguntaba: «¿En algún momento tú has pensado, por las cosas que te han dicho en la infancia, que eras un error de la naturaleza?».

*«Cuando yo me acepté, dije: chico, eres un elegido de los dioses... Y, entonces, me acuerdo de García Lorca, de Leonardo da Vinci, de Miguel Ángel, de Walt Whitman... ¡De esa gente genial! Y cuando me voy al campo y me pongo a coger flores... ¡Por Dios!, ¿cómo voy a ser un error de la naturaleza? Yo como los pajarillos: a cantar y bailar».*

\*

Inmediatamente la noche se proclama y pide asir el silencio del mundo. Vuelvo a buscar en la literatura y me pregunto qué se le ha podido pasar por alto a la poesía. Qué ecos o racimos de lo universal ya están caducos y por qué, aunque sea una empresa condenada al fracaso, es necesario volver a nombrar, volver a intentarlo. Pienso que la

simbiosis más esencial es la del poema con la tierra y su transformación. Quien escribe poesía adquiere una actitud de alerta. Es alguien que acecha, calla, contempla el paisaje y se renueva. La contemplación es el espacio de la lucidez. Y cito estos versos tan épicos de Manuel Rivas: «De hablar, hablaré con la tierra, / solo hablaré con ella».

«La literatura está sembrada con estas imágenes que comprendemos intuitivamente. Cuando escribimos no nos hace falta explicar [...] Algo resuena en nuestro interior», concluye Clara Obligado.

\*

Regresando de alguna forma al hilo del texto, para poder avanzar, enumero: la añoranza del olor húmedo de la casa vacía, ir y volver, volver a irse, regresar o quedarse, las abuelas desgranando, moliendo y narrando. El abuelo, ajeno a estos tiempos, sin comprender casi nada, o quizá casi todo, borrando demonios, queriendo querer.

Me pregunto cuál es el límite de la memoria, de la mirada, del cuerpo, del campo, del exilio, de los vínculos que construimos y tejemos. Y me acompaña, de nuevo, María Sánchez, para bajar a tierra: «¿Cómo sentirse orgullosa de las raíces si desde que tienes consciencia te han enseñado que la única opción posible para prosperar es la de marcharse? ¿Cómo resignificar la palabra cultura en el medio rural si nunca hemos considerado que el medio rural de por sí lo sea? ¿Cómo aprender a mirar en las fisuras?».

Pienso de qué formas puede salvaguardarse la ternura. Lo tierno de quienes criaron, el cuidado, la sencillez, esa plenitud. Pienso en la gente que habita el pueblo, en los que sí están, las que sostienen la vida en él, los que lo intentan. Pienso también en los rebaños y reparo en su etimología oscura y diversa: de vara, de maestro, de feligrés. Pienso en los que querrían volver, o incluso en los que podrían o desearían llegar por primera vez.

También pienso en la posibilidad de seguir conservando y salvaguardando la cultura, esta cultura, la del campo, la de la tierra, la del espacio diverso y nunca vacío de nuestras ruralidades. Busco ansioso un poema en *Cuaderno de campo*, donde la autora cordobesa escribe:

*Algo así tiene que ser el hogar.  
Rebuscar con los dedos las raíces  
Convertir la voz en ternura.*

Pienso en ese hogar y en buscar allí donde anidaron las demás, porque las respuestas —estas voces por fin nuestras— parecen estar presentes, como un milagro, entre la poesía y las historias, entre pasado y presente, entre lo cotidiano.

Cierro esta oportunidad de comunicación, de la que estoy tan agradecido, atreviéndome a recitaros en castúo, esa lengua primera, ese terruño materno, de ese origen y presente, Extremadura. [El poema se llama *La nacencia*, de *El Miajón de los Castúos (rapsodias extremeñas)*, de Luis Chamizo (Guareña, 1888-1944)]:

*Bruñó los recios nubarrones pardos  
la luz del sol que s'agachó en un cerro, y las  
artas cogollas de los árboles  
d'un coló de naranjas se tiñeron.*

*A bocanás el aire nos traía los  
ruídos d'alla lejos  
y el toque d'oración de las campanas de  
l'iglesia del pueblo.*

*Ibamos dambos juntos, en la burra, por  
el camino nuevo,  
mi mujé mu malita,  
suspirando y gimiendo.*

*Bandás de gorriatos montesinos volaban,  
chirriando por el cielo,  
y volaban pal sol qu'en los canchales  
daba relumbres d'espejelos.*

*Los grillos y las ranas cantaban  
a lo lejos,  
y cantaban tamién los colorines sobre  
las jaras y los brezos,  
y roándo, roándo, de las sierras llegaba el  
dolondón de los cencerros.*

*¡Qué tarde más bonita!  
¡Qu'anochece más güeno!  
¡Qué tarde más alegre si juéramos contentos!*

*Adrián O. Lozano*

*Fotoperiodista. Reside en sierra de Gata (Cáceres), donde organiza y promociona eventos culturales, guía talleres de escritura y un club de lectura*

Tereseta



## De manzanas abandonadas y matriarcados

Hace un año y poco que vivo en el parque natural de la sierra de Mariola (comarca de L'Alcoià, Alacant). Muchas veces tengo la sensación de no enterarme de la película, de estar muy perdida con los ciclos de la naturaleza. Hay momentos en que me siento megasuperada con todo lo que hay que hacer en el mundo rural. Me gustaría llegar a más. A todo, de hecho. Trato de no fustigarme y de ser un poco compasiva conmigo misma y dejar de lado a la *llauradora hacker* crítica que llevo adentro.

¿Cómo lo hacían antes? ¿Cómo podían gestionarlo todo? Podar, injertar, quemar, recoger leña, labrar, sembrar, cosechar, hacer conservas, tejer esparto, mantener los útiles del campo, los bancales, los márgenes, los caminos, las casas, las familias y... las vidas propias. ¿Tendrían un calendario o algo? Es que yo he pensado en hacerlo, ¿no es broma! Así, tipo bitácora: «A finales

de agosto, suele haber superávit de higos: podemos hornearlos con canela y ralladura de limón (receta familiar que no mucha gente conoce y es un éxito). A continuación, y con ayuda de alguna ventisca, caen las avellanas: es un rollo recogerlas del suelo, ¡pero están tan buenas después, fritas y con sal! Es año de almendras, procuremos que no haya mucha hierba en los bancales o sufriremos

Al haber vivido parte de su infancia y juventud en la sierra de Mariola, el pueblo siempre ha sido el punto de unión del particular matriarcado que, sin ser conscientes de ello, iban consolidando.

cosechándolas; ¡otro año que no hemos podado y están todas allí arriba! Si recojo ahora las moras y las congelo limpietas en bolsas, las podré añadir a las macedonias del invierno. Quiero hacer pacharán, tendré que ir a dar una vuelta por esos bancales donde hay un montón de endrinos. ¡Estos viejos nogales del camino no sé ni como dan nueces! Ostras, de repente, ¿qué hacemos con tanto caqui además de comerlos, regalarlos y congelarlos en tupper's?».

Al menos, desde que vivo en La 36 sé en qué ciclo está la luna. Antes no sabía ni por qué parte del cielo salía. Nada. Ya puedo esmerarme, porque esto no hay calendario lunar biodinámico que te lo cuente. No quiero perder la fe en la app Alerta de lluvia, pero es que con el cambio climático y la sequía esta no hay quien se aclare. ¡Tenemos de nuevo tomillo en flor a principios de octubre! Eso sí que no estaba en mi calendario mental de hierbas medicinales...

A pesar de estar en plena naturaleza disfrutando de un entorno privilegiado y tranquilo, a veces nos sobrevienen cosas y hay que estar en alerta constante. Como cuando entran los jabalíes en el bancal y te hacen un destrozo. Aun así, me gusta mucho vivir aquí, tener la posibilidad de reconectarme con la naturaleza y poder aprovechar lo que nos da el terreno. Intercalar actividades en el campo con la vida cibernética. Quitar

las manos del teclado para pillar una azada o ir a espigolar.

Poder elegir y organizar mis horarios fuera del sistema asalariado no tiene precio. Tengo multiplicidad de trabajos, mayoritariamente temporales, pero todos escogidos y muy motivadores. La incertidumbre es constante; pero creo que, con el paso de los años, he ido desarrollando muchas habilidades y disciplina, organizándome igual o más que si tuviera que fichar. Ni Dios, ni amo. Pero sí agenda clara y kanban.

### «Comer, comeremos»

Hoy es martes y hace buen día. Llevamos ya demasiado tiempo en La 36 desarrollando y programando una herramienta de *komun.org* para la cooperativa. A pesar de que tenemos buenas vistas, toca hacer un descanso y salir a dar una vuelta. Hay un manzano muy cerca que tiene frutos para aburrir. Va, cerremos ordenadores, cojamos bolsas y cajas, y vayamos para allá a hacer una incursión y estirar las piernas, que esto también forma parte de la seguridad holística: el bienestar psicosocial.

Cuando llegamos, empezamos a coger manzanas del suelo y de las ramas. Hacía dos años que este árbol no daba frutos, pero este año hay por todas partes. Tratamos de ir seleccionándolas: unas para comida, las tocadas para conserva. Vamos a destajo.

No habrán pasado ni 15-20 minutos cuando empezamos a oír gritos a lo lejos... ¿Se puede saber qué es ese alboroto en plena tarde? Salgo de entre las aparatosas ramas de manzano y voy hasta el borde del ribazo a ver qué pasa. ¡Pero si son mi madre y mis tías! Claro, no las he avisado de que veníamos y se habrán asustado al vernos. Su imagen, acercándose y riendo, me conmovió y se me ha quedado grabada.

Las cuatro son unas supervivientes y unas luchadoras. Con 17, 13, 9 y 2 años respectivamente se quedaron huérfanas de madre. «No os preocupéis, que comer, comeremos», les decía su padre los primeros días en un intento, supongo, de tranquilizarlas ante la gran pérdida que la familia había sufrido. Las hermanas no sabían ni cocinarse una tortilla, ni un arroz caldoso; mucho menos hacerse un dobladillo o tender la ropa. Al principio comían latas y embutido o carne fácil de echar a las brasas. Poco a poco, con la ayuda de algunas familiares clave, fueron espabilando y aprendieron a gestionar entre todas, no solo la casa, sino su propia

Laia Batalla-Carrera

educación ante muchas miradas expectantes y compasivas, críticas y vigilantes, de gente próxima, conocidos, comerciantes y vecinas del pueblo. Pasaron buena parte de la década de los sesenta de luto o medio luto. Del negro al blanco y negro o gris, y viceversa. Tan solo una década más tarde, en 1977, moriría también su padre. Cuidándose las unas a las otras con mucho, muchísimo amor, consiguieron salir adelante.

Con el paso del tiempo, las cuatro hermanas fueron tomando diferentes rumbos, repartiéndose y construyendo sus vidas en diferentes lugares del territorio valenciano: Alacant, València, Gandia..., solo la mayor se quedó en Banyeres de Mariola.

A pesar de las distancias y la ausencia de móviles y apps de mensajería instantánea a finales de los setenta y principios de los ochenta, el fuerte vínculo familiar que consolidaron hizo que siempre estuvieran unidas. Y no solo entre ellas, sino también con las respectivas familias que formaron.

### Juntas por la sierra

Al haber vivido parte de su infancia y juventud en la sierra de Mariola, el pueblo siempre ha sido el punto de unión del particular matriarcado que, sin ser conscientes de ello, iban consolidando.

Allí coincidían, puntualmente, algunos fines de semana, algunos puentes y festivos, pero también largas temporadas de verano, Navidad y Semana Santa, cuando no había colegio. La antigua casa familiar, el chalé de Villa Amparito, se convertía en punto neurálgico donde quedábamos para idear y llevar a cabo toda clase de actividades de lo más variadas: desde excursiones a fuentes, sierras, cuevas y parajes de los alrededores en busca de fósiles, huellas de dinosaurio o tumbas fenicias, hasta múltiples fiestas temáticas de disfraces o teatros de verano, con actuaciones preparadas por los primos. También había recogida de moras muy

Hoy, desde el margen del bancal, contemplo la entrañable estampa que tengo delante: por un instante las veo a las cuatro juntas de nuevo, riéndose, felices, libres y sin más preocupaciones que salir a pasear un día entre semana cualquiera por su sierra de Mariola. Qué alegría, qué maravilla.

Yo, la que todavía se angustia tratando de seguir los ciclos del campo, la que intenta aprender biodinámica, la que quiere hacerse esquemas y calendarios para llevarlo todo adelante. La verdad es que no tengo ni idea de qué será de mi vida cuando tenga su edad, de aquí a 25 o 30 años. Lo que sí que tengo claro es que de esto tendría que ir sin lugar a duda la vida: de la tranquilidad, de hacer lo que una quiera, de poder disfrutar de buena salud, a ser posible, cerca de la naturaleza y rodeada de las personas que más se aprecia en este mundo.

Cierro los ojos, trato de fijar esa imagen en mi mente para siempre y mirando al cielo pienso: «¡Por favor, que les *germanetes* nos duren mucho tiempo a la familia!». ●

Tereseta

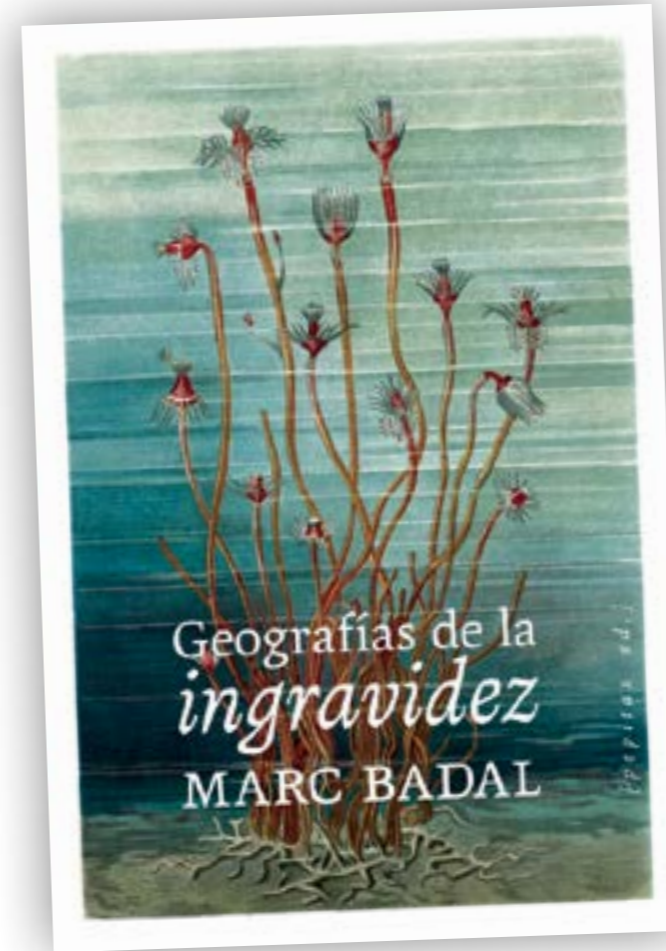
Diseñadora gráfica, facilitadora de grupos y llauradora hacker

tranquilamente, colectas de piñones, muchos días de piscina, largas tardes de tertulias, talleres y trabajos manuales, jabón casero, cocas fritas, pasteles de carne, y *farolets de la retreta pim pam pum i a la caseta!* (farolillos a base de sandías vaciadas). Cualquier fiesta, feria o mercadillo en los alrededores estaba en la agenda e íbamos todos para allá. En otoño, amantes de la sierra, también se hacían incursiones *rovelloneras* y *boleteras* (para recoger setas).

Grandes cocineras, espigadoras, conserveras, reposteras, recicladoras, artesanas, artistas, detallistas y, por supuesto, cuidadoras y sufridoras.

Les *germanetes* son hermanas, esposas, madres, tías y algunas también abuelas. Y, si en algún momento pensé que ya todas habían tenido su cuota de sufrimiento en su infancia y adolescencia, me equivocaba. Cómo en bioconstrucción, la vida te da una de cal y otra de arena. En las cuatro familias, hemos tenido de todo en los últimos años: rupturas, pérdidas, enfermedades, operaciones y otras muchas cosas más que no vienen a cuento pero que están directamente conectadas con los cuidados. Cuidados que ejercieron entre ellas, cuidados que continúan poniendo en la familia y cuidados que seguramente continuarán brindando hasta que no puedan más y seamos nosotras quienes tomemos el relevo. En cualquier caso, cuidados 24/7, en los que el sueldo, la pensión o la jubilación es una ilusión porque, como ya sabemos, la carga mental o vital que conlleva sacar adelante a una familia o una casa, históricamente, ni se les ha reconocido ni mucho menos pagado a las mujeres.

Por eso puedo afirmar que muchas somos lo que somos y estamos donde estamos gracias, en gran parte, a ellas. Son para mí referentes inspiradoras.



¿Cuál es el futuro de una sociedad ingravida?

### RESEÑA DEL LIBRO GEOGRAFÍAS DE LA INGRAVIDEZ DE MARC BADAL PIJOAN (PEPITAS DE CALABAZA, 2024)

Marc Badal, con su obra *Geografías de la Ingravidez*, nos transporta a un universo donde las fronteras entre lo físico y lo emocional se desdibujan, explorando las complejidades de las relaciones que establece el ser humano con su entorno. A través de un lenguaje meticuloso, preciso y a menudo poético, que puede llegar a abrumar, Badal nos sumerge en un viaje de introspección y observación envolvente. La prosa de Badal es detallista, exacta y concentrada. Cada palabra está cuidadosamente elegida, cada frase esculpida con precisión quirúrgica, creando una sinfonía de imágenes y emociones que resuenan mucho después de que se haya cerrado el libro. Vale la pena sumergirse

en su prosa que queda resonando en la cabeza y deja un poso de reflexión íntima.

Uno de los temas centrales que Badal analiza detalladamente es el desarraigo, tanto físico como emocional. El autor nos invita a deliberar sobre la búsqueda de pertenencia en un mundo en constante cambio. Una desconexión económica de la tierra, una movilidad constante de las personas y la interconexión digital que agudiza el desarraigo de una sociedad cada vez más terciarizada.

A través de analogías y metáforas nos lleva a entender cómo el campesinado juega el mismo papel que los vegetales en un ecosistema. Cómo mediante su trabajo diario y su relación específica con el medio, con la tierra que habitan y trabajan,

Uno de los temas centrales que Badal analiza detalladamente es el desarraigo, tanto físico como emocional.

ocupan ese mismo nicho dentro del ecosistema, la «generación neta de energía endosomática». Pero ¿qué pasa cuando las raíces de ese vegetal se quedan demasiado tiempo al aire, desenraizadas?, ¿cuál es el futuro de una sociedad ingravida?

También nos conduce a través de la controversia de las sociedades modernas que confunden el arraigo con el atraso. Sociedades líquidas basadas en el tecnooptimismo y que con una soberbia miope transitan hacia un transhumanismo aparentemente despojado de selección natural.

Y aquí, Badal tampoco se queda tranquilo y destripa el concepto *naturaleza* hasta hacer sonar la palabra de forma extraña en la cabeza de la persona lectora. Escudriña la naturaleza para llevarnos, a través de sus múltiples significaciones, a darnos cuenta de que una manzana y un pastel son igual de naturales y que, en cambio, los paisajes agrarios, que aparecen en el imaginario bucólico de quien piensa en la naturaleza, no lo son. Que la imagen que permanece ante nuestros ojos no es más que lo que residen tras ellos. Que la *naturaleza* reside en la perspectiva de quien la contempla. Contemplar, un tipo de relación con la tierra, con el entorno fruto (o tal vez causa) del

desarraigo. Badal nos plantea que la idea de que la naturaleza incluya territorios que conforman el medio rural y no las calles de una ciudad delata un profundo desconocimiento en materia de historia y geografía humana. Si, como decía Walter Benjamin, la historia la escriben los vencedores, la naturaleza y el paisaje los determina la cultura urbanocéntrica.

Un paisaje, el rural, que sirve de válvula de escape para «sobrellevar el desánimo crónico y la desorientación»; de terapia que se disfruta en solitario, individualmente y con cierta superficialidad. Una relación de consumo del paisaje en que se eleva a deidad la ruralidad cosificada y donde campesinos y ganaderas pueden llegar a aparecer como delinquentes generadores de calentamiento global, seres heroicos o, simplemente, no aparecer. Porque de repente, lo esencial ya no es ni siquiera contemplar el paisaje, sino ser capaz de inmortalizar y compartir de inmediato. Y es en ese momento en el que el paisaje está mercantilizado cuando aparecen todo tipo de figuras accesorias y de entretenimiento que tienen más que ver con las personas visitantes que con la sociedad habitante. Aparece un turismo nostálgico y ensimismado que colecciona lugares como trofeos sin dejarse atravesar por ellos, ni por sus gentes.

A través de su exploración del desarraigo y la conexión con la ruralidad, Marc Badal nos brinda una obra profundamente humana que nos invita a reflexionar sobre nuestra propia relación con el mundo que nos rodea. Mirar hacia dentro, hacia fuera, hacia los lados y tomar conciencia del entramado social en el que vivimos y los posibles efectos de nuestra manera de ser y hacer. Mirar hacia el futuro y... ¿y ahora qué?

*Laia Batalla-Carrera*

*Directora de la Escola de pastors i pastors de Catalunya e integrante del Comité Editorial de la Revista SABC*

## LA FUENTE *Un lugar de encuentro para pobladoras*

Presentación de las organizaciones que conforman esta revista

### Asociación Ábrego: Medioambiente y desarrollo rural



«¿Qué va a ocurrir aquí el día en que en todo este podrido mundo no quede una sola persona que sepa para qué sirve la flor del saúco?», se lamentaba Víctor, el protagonista de la novela *El disputado voto del señor Cayo*, tras conocer a este señor al norte de la provincia de Burgos.

Como entonces se preguntaba Víctor, nos preguntamos nosotras hace diez años, cuando nació nuestra pequeña pero inconforme asociación con afán activa y estructura horizontal, ¿qué pasaría si los saberes tradicionales, la población rural y el paisaje desapare-

cieran. Cuando no quede quien cuide de la tierra ni de las personas.

Porque todo lo cría la tierra. Es el lema que abanderamos para poner en marcha iniciativas en el territorio de nuestra provincia, la misma que la del señor Cayo, ligadas a pequeños y pequeñas productoras, vecinos y vecinas de los pueblos que resisten el embate de la despoblación, así como a proyectos localizados que persiguen la justicia ecológica y social.

Metas que solo podemos conseguir juntas, tejiendo redes que reúnan y nutran el territorio, devolviéndole la soberanía sobre lo que produce y consume, empoderándola para caminar hacia futuros donde la vida se sitúe en el centro.

### Xarxa Agroecològica d'Alcoi



La Xarxa Agroecològica d'Alcoi somos un grupo de personas que nos hemos asociado para poder adquirir productos ecológicos, locales y de temporada en nuestras comarcas, siguiendo los criterios de la soberanía alimentaria.

La falta de comercios y puestos del mercado con frutas y verduras ecológicas nos hizo replantearnos ya hace algunos años nuestra forma de comprar para tener acceso a una alimentación más sana para nosotras, más respetuosa con nuestro medio natural y que, además, respetara las condiciones laborales de quienes cultivan, pagando un

precio justo por ellas. Poco a poco, nos fuimos organizando para encontrar agricultores y agricultoras cercanos y actualmente disponemos de fruta, verdura y productos de proximidad tanto de l'Alcoià y el Comtat (Alacant) como de la Vall d'Albaida y la Safor (Valencia), principalmente. También hemos ampliado el abanico de productos y disponemos de alimentos a granel como cereales, harinas, legumbres, galletas, artículos de limpieza o pasta seca; pan de masa madre, leche y lácteos, bebidas vegetales, miel, vino, cerveza, productos macrobióticos y un largo etcétera, hasta cerca de 1400 referencias.

Aun así, estamos notando un progresivo envejecimiento de quienes nos proporcionan sus cosechas, lo que puede conducir al abandono de sus fincas y a un cambio de uso del suelo. Por el contrario, parece que nuevas generaciones quieren tomar el relevo y es aquí donde pensamos que tenemos un papel apoyándoles; ya que, en buena parte, conseguir la soberanía alimentaria de nuestras comarcas depende de ello.

Colaboramos con la asociación Llavors d'ací, la Feria de intercambio de semillas de Turballos y la Feria de la Biodiversidad Cultivada, además de organizar visitas a las fincas que nos traen sus verduras y otras actividades, como presentaciones de libros, revistas, etc.

# PALABRA DE CAMPO

## Se nos va a echar el día a perder

Esta era la frase que a menudo oía decir a mi abuelo paterno. Campesino sin tierra, desplazado por la violencia económica de un sistema que lo desarraigó de su Andalucía natal para hacinarlo, como a tantos miles, en la periferia de una Barcelona que vivía al ritmo que marcaban sus fábricas. Poco podrían imaginarse aquellas gentes dónde nos iba a conducir esa idea capitalista de progreso y modernidad setenta años más tarde.

Como otros muchos modelos, el capitalismo nació y evolucionó siempre en un contexto de gran abundancia material energética pero también y, sobre todo, de estabilidad climática. Las probabilidades de que su versión última, el neoliberalismo global (o capitalismo del desastre, como algunos gustamos de llamarlo), sobreviva a una ruptura de este contexto son nulas.

No hay crecimiento económico sin confianza en un futuro estable. Y no hay un futuro estable sin estabilidad climática.

Esto nos lleva a una gran reflexión y adaptación de todo el entramado productivo: industria, energía, agua y, cómo no, agricultura, ganadería y pesca. Transitar por todos estos cambios va a tener seguramente más tinte de revolución que de transición, con puntos de ruptura y de no retorno a lo largo del camino.

La aparición de la agricultura de cereales o plantas de alto valor energético, estocables y con ciclos demandantes de cierta previsibilidad climática, tiene por delante unos años complicados. Y no hay que olvidar que estos productos son los que permiten que el mundo humano siga en movimiento. Porque, aunque como sabrán muchas lectoras, hoy en día esos cultivos son en su mayoría una forma de hacernos metabolizar la energía de los combustibles

fósiles, no por ello son menos vulnerables a las catástrofes climáticas. Y sin esa energía que mueve el mundo, no hay ingenieros, ni profesorado, ni investigadoras, ni campesinado... En fin, como se suele decir: nadie trabajaría con el estómago vacío.

Por eso, me gustaría pasar un mensaje claro y urgente a todos los agentes de la sociedad que trabajamos en la producción alimentaria: tenemos que repensar y rediseñar nuestras fincas, cultivos, granjas..., no hacer meros cambios. Hay que evitar las falsas soluciones crecientistas de «más grande», «más especializado», «más tecnificado», porque ese paquete solo nos servirá para cavar más hondo la tumba, nuestra ruina colectiva. La toma de decisiones de hoy implica las proyecciones que tengamos del futuro a medio y largo plazo.

Tenemos que ser capaces entre todas de definir el problema para poder, colectivamente, buscar soluciones y no perdemos en divagaciones y piruetas intelectuales para evitar encajar la dura realidad. Nuestro modelo crecientista ha enviado al traste el contexto de estabilidad climática que funda la base de nuestros privilegios materiales y energéticos. Si no dejamos de alimentar su existencia con nuestras acciones y fe en sus soluciones, vamos a perder un tiempo y recursos preciosos que necesitaremos para inventar el pluriverso de soluciones locales necesarias.

¡No podemos echar el día a perder! Así que ¡ánimo! Nos queda muchísimo por hacer. ●

*Joan Verdugo Jiménez*

Ferme Can la Haut  
[canlahaut.wixsite.com/canlahaut](http://canlahaut.wixsite.com/canlahaut)

## PARA HACER POSIBLE ESTA REVISTA, TE NECESITAMOS

Para pensarla y llenarla de contenidos; para abrir debates; para conocer y conectar iniciativas, colectivos y experiencias; para darle forma y color; para ponerla en rutas y caminos hasta tus manos... En definitiva, para que evolucione y se mantenga viva, necesitamos tu apoyo.

Una forma de colaborar es mediante una suscripción anual mínima de 35 € a cambio de la revista en papel. Además, te enviaremos de regalo un número de la hemeroteca. ¡Elige cuál te apetece leer! Pero hay más formas de apoyar este proyecto:



### RIEGO

Aportación puntual desde 5 €



### SEMILLA

Suscripción en papel. Recibe los próximos 4 números a partir de 35 € al año  
Solo envíos en el Estado español



### RAÍZ

Hazte socia/o. Desde 50 € al año, recibe la revista en papel, accede a ofertas, participa en las asambleas y colabora en las decisiones del proyecto

Puedes hacer todo el proceso online a través de la web: [www.soberaniaalimentaria.info/colabora/suscripcion](http://www.soberaniaalimentaria.info/colabora/suscripcion)

Para resolver cualquier duda sobre el proceso de suscripción, escríbenos a [suscripciones@soberaniaalimentaria.info](mailto:suscripciones@soberaniaalimentaria.info)

¡Muchas gracias!

## REGALA LA REVISTA



[www.soberaniaalimentaria.info/regala](http://www.soberaniaalimentaria.info/regala)



 VONNE  
AVAREO  
Illustration